DESPERTAR en FALSO



ESTHER SALINAS

«Los mejores viajes comienzan cuando cerramos los ojos,
porque el único mundo infinito
es ese que habitamos mientras dormimos.
¡Benditos los que sueñan y conquistan la vida desde allí!»

Capítulo 1

Iba a toda velocidad por la interestatal cuando una furgoneta *hippie* acaparó mi atención. Desde lejos distinguí el colorido. Admito que mi obsesión por esos autos es algo imposible de controlar; me transmiten una sensación de libertad que no podría explicar con palabras. Este en específico tenía un arcoíris en uno de los laterales; en el frente, el símbolo de paz con un diseño bastante llamativo: soles, lunas, mariposas... Intenté disminuir la marcha para contemplar mejor el vehículo que en cualquier momento se cruzaría en mi camino, pero los frenos no respondieron.

Fue un choque tonto, en la intersección de las dos vías. Al parecer el conductor de la furgoneta tampoco pudo frenar a tiempo.

Acto seguido tuve la sensación de que iba volando dentro de mi auto. Un calor extremo me sofocaba y de repente el tiempo comenzó a correr más lento, como si se tratase de una pesadilla. No obstante, sentí el dolor del impacto. Debí romperme varios huesos; la sangre, espesa y tibia, me corría desde la frente hasta el cuello. Sentí un pitido en los oídos y una punzada entre el pecho y la espalda. Luego escuché las voces de los paramédicos. Creo que en algún punto perdí el conocimiento porque no los vi llegar. Pero ahora, oía claramente todo lo que decían:

—¡Atrás! ¡Atrás, despejen el área! Presiona la herida, ha perdido mucha sangre...

Yo estaba confundida, como en trance, sin embargo, era consciente de lo que sucedía a mi alrededor, o al menos eso creía.

Casi media hora más tarde, escuché decir algo insólito al que me atendía:

—Hora de muerte: 10:22 de la mañana...

—¡No, no! ¡Que no he muerto, los estoy escuchando! ¡Esto es un error!

Intentaba desesperadamente mover mis extremidades, pero los paramédicos me habían inmovilizado. ¡Tenía que decirles que estaba viva! Concentré toda mi energía en ese último intento. Fue un grito desgarrador que me provocó un dolor intenso en la garganta, aunque nunca salió la voz. No había nada que pudiera hacer; aun consciente de ello me sacudí con fuerza. Entonces, desperté...

—¡Tranquila, Ale! Solo estabas soñando.

Por suerte Olivia entró a mi habitación en ese momento. Yo sudaba como si hubiese estado corriendo durante horas. Seguía desorientada y podía notar mi rostro agarrotado en una expresión de pánico. Incluso me pasé el antebrazo por la frente, pues la sensación de la sangre fluyendo aún era perceptible. Me dolía todo el cuerpo. No solía soñar mucho, pero esa pesadilla se sintió jodidamente real.

—¡Fue terrible, Oli! ¡Nunca había soñado con la muerte, y vengo a soñar justo con la mía!

Tenía la boca reseca. Mi sobrina me miraba asustada; por el gesto en su rostro pude imaginar cómo lucía el mío. Trató de calmarme sin éxito, hasta que finalmente decidió recurrir a sus supersticiones en un intento desesperado de descifrar el sueño.

—Relájate de una vez. —Se sentó al borde de mi cama y me mostró la pantalla de su teléfono —. Mira lo que dice aquí, no es tan malo después de todo. —Al ver que yo no reaccionaba, leyó en voz alta el artículo que acababa de googlear—: «Soñar con tu propia muerte es un símbolo de evolución positiva, de renacer...».

—¡Ay, Olivia, por favor! ¿Cómo puedes creer todas esas estupideces de internet? —La

regañé, mientras me estrujaba los ojos para convencerme de que esta era la realidad—. Me siento deshidratada, me duele la garganta... Si quieres ayudar, tráeme un vaso con agua de la nevera, la del grifo está tibia a esta hora.

Instintivamente miré el reloj de mi mesita de noche cuando pronuncié la palabra «hora». Unos números rojos luminiscentes indicaban las 10:25.

«Solo llevo tres minutos muerta» —Bromeé en mi mente—. *«Un momento... ¿cómo supe qué hora era en el sueño?»* —Ese detalle me consternó mucho más. No hice ningún comentario, para no darle más cuerda a la lunática de Olivia—. *«¿Será un presagio? Basta, Alexandra, no te contagies con tu sobrina hippie»*.

—¡Aquí está tu agua! —Di un brinco cuando escuché su voz a mis espaldas. Estaba demasiado nerviosa, pero debía calmarme; fue solo un sueño—. ¡No irás con eso a la cafetería hoy! —Olivia tenía la manía de cambiarme la ropa que elegía el día antes para ir a trabajar. Según ella, su tía Alexandra era la persona más anticuada del planeta—. ¡Hoy es Acción de Gracias, bonita! Debes ir con algo más interesante —dijo mientras rebuscaba en el armario las prendas más coloridas—. Seguramente vendrán clientes nuevos. Escuché que una caravana de motoristas pasará hoy por el pueblo. ¿Qué tal este? —Se colocó el vestido de flores amarillas delante de su cuerpo.

—Me da igual... ¡Acaba de salir, que tengo que ducharme! Hoy no quiero llegar tarde.

—¡Pero levántate de esa cama, mujer! No te estoy impidiendo entrar al baño. Deberías agradecer que te ayude con esto. ¡No has aprendido nada de lo que te he enseñado!

Le hice una mueca. Había vuelto a meterme en la cama para observar su rutina.

Era el mismo episodio cada día: Yo sacaba un atuendo y la chiquilla me lo lanzaba lejos para elegir otro totalmente diferente. La elección dependía mucho de su humor. A veces se decantaba por ropas más serias, que me hacían lucir como una secretaria o una maestra de primaria; otras, me obligaba a ponerme sayas de tachones con tenis Converse, al estilo de una colegiala. En esos casos me sentía ridícula, pero terminaba cediendo con tal de que me dejara en paz.

Esa mañana estaba tan dispersa, que ni siquiera esperé a que Olivia terminara de seleccionar la ropa. Me metí al baño, con el accidente clavado entre ceja y ceja. La ducha caliente reactivó el recuerdo de la sangre corriendo por mi cuello minutos antes... *«Hora de muerte...» «¡Es un error, estoy viva!» «¡Frena, Taylor, vas a chocar!»*.

«¿Taylor? ¿Quién es Taylor? ¿Y esa voz que le grita que se detenga? ¡Esa no es mi voz! ¡No, yo iba sola en el auto!».

—¡Ale, te dejé la ropa sobre la cama! —Olivia me sacó del trance—. ¡Si necesitas algo más, grita! ¡Estaré abajo!

—¡Gracias, nena! ¡Bajaré enseguida!

Al salir, había una blusa naranja con lunares bien pequeños que apenas se notaban y una pantaloneta beige, ambas piezas estiradas sobre la cama. Unos botines de cuero de talle bajo completaban el conjunto. Era perfecto para Acción de Gracias.

«Sí que tiene buen gusto. ¡Ay, Oli! ¿Qué me haría sin ti?», pensé orgullosa; mi sobrina era impertinente, pero no podía negar que siempre elegía mejor que yo.

No había terminado de acomodarme el cabello, cuando escuché a mi madre gritar desde abajo:

—¡Ale, llegaron las invitaciones a la boda de Valentina y Luke! ¡Están hermosas!

«¡Por Dios! ¡La boda! ¿Cómo pude olvidarlo? *Se suponía que hoy compraría los regalos antes de ir a la cafetería. Bueno, ya será otro día. Aún hay tiempo»*.

Me coloqué unos pendientes discretos, opaqué mi labial con los dedos y me dirigí hacia las

escaleras.

—¡Madre mía! No recordaba que ese color te favoreciera tanto —exclamó Olivia cuando me vio entrar al salón—. ¡Abuela, ven a ver qué linda la puse!

—¡Deja el escándalo, muchacha! ¡No es para tanto!

—¿Qué no es para tanto? —intervino mi madre, dejando lo que estaba haciendo en la cocina para acercarse a chismear—. ¡Estás preciosa, mi amor! ¿Trabajas hoy? —bromeó.

—Claro, mamá, pero es Acción de Gracias, ¿recuerdas? Feliz día, por cierto.

—Feliz día para ti también. Saluda a Hugo y a los chicos de la cafetería.

—Lo haré...

—Tu hermano viene con Camila y los niños para la cena familiar, así que regresa temprano.

—Lo haré...

—¡Coquetea con cuanto motorista se cruce en tu camino! —agregó Olivia imitando la voz de mi madre.

—¡No lo haré!

—Recuerda: ese sueño significa «evolucionar», «renacer». ¡Hay que hacer caso a las señales!

—¡Basta, tonta! —Le grité desde el auto, mientras ella se balanceaba en el columpio de madera del porche haciendo caras graciosas—. ¡No tienes remedio!

A pesar de la carga de trabajo, fue un día bastante normal... hasta el momento en que una furgoneta, con un hermoso arcoíris de colores vivísimos, se estacionó frente a la cafetería.

Capítulo 2

La furgoneta no era idéntica a la de mi sueño, pero tenía el arcoíris y el símbolo de paz en uno de sus laterales. Era una belleza; la más linda que había visto jamás.

Fue una coincidencia extraña, nunca me había sucedido algo así. Cuando Olivia soñaba, era muy probable que lo que viese estando dormida, acabara volviéndose realidad. ¡Ella era la supersticiosa de la familia, no yo!

Lo más curioso es que no me asusté al ver el auto como cabría esperar. Ya lo dije antes: su figuras y colores ejercen un poder inexplicable sobre mí; me transmiten paz, buenas vibras, sensación de libertad... Aquella no fue la excepción... a pesar de haberme atropellado horas antes.

Casi al mismo tiempo llegó un grupo de motoristas; asumí que se trataba de la caravana que mencionó Olivia durante nuestra plática matutina.

«Parece que habrá bastante trabajo hoy. El día será largo».

—¡Hola! ¿Cómo puedo ayudarle? —No pude sostener la mirada de ese chico por mucho tiempo; moría de vergüenza. Él, en cambio, no dejaba de observarme.

—Me ayudarías saliendo conmigo, aunque ya eso sería mucho pedir.

—¿Qué desea ordenar? —Ignoré el comentario, pero el joven insistía.

—¿Qué me sugieres? Es que no soy de por aquí —Eso lo supe desde la primera palabra; su acento lo delataba—, no sé mucho de sus menús.

—¿No conoce las hamburguesas, ni los huevos revueltos, o los *waffles* con miel de abeja?

—La verdad, no... Me gustaría que me…

—Disculpe, tengo otros clientes esperando. Cuando se decida me hace una seña.

Le di la espalda y enseguida cambié de opinión respecto a él; era muy impertinente.

Minutos antes, cuando lo vi bajarse de su Harley Davidson, quedé helada. Llevaba una chaqueta de cuero sobre una camiseta verde olivo, además de unos vaqueros gastados y ceñidos a sus piernas tonificadas. No tenía tatuajes ni *piercings*, o al menos, no ninguno visible. Eso fue lo que más me llamó la atención. Cuando atravesó el umbral de la puerta y se quitó el sombrero, sentí un escalofrío. Su rostro era el más peculiar que había visto en la vida: parecía un adolescente, una chica, un vaquero, un actor, un ladrón... todo extrañamente mezclado en un simple gesto, con el que hizo suspirar a más de una en el salón.

Fue el primero en entrar, luego se sumaron sus compañeros. Varias mujeres los acompañaban.

Él levantó la mano y yo me acerqué tímidamente a su mesa. No sé por qué me puse tan nerviosa. A pesar de estar adaptada a lidiar con todo tipo de clientes, su grupo imponía demasiado.

Viéndolo en retrospectiva, hubiera sido mejor que permaneciera en silencio. En cambio, intentó ligar conmigo de la manera más ridícula frente a sus amigotes, quienes no mostraron reparo al hacer un montón de burlas tan absurdas como aquella plática. Me sentí estúpida. Su actitud rompió «el hechizo de la Cenicienta» en una fracción de segundo. Resulta que el mundo real no es tan mágico, ni las primeras impresiones son lo que parecen. Ese día me convencí una vez más de ello.

—¿Qué ordenaron? ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? —Mi compañera enseguida me

invadió con preguntas que ignoré por completo—. El chico guapo de la chaqueta, ¿qué te dijo, Ale? ¡Ay, qué envidia, amiga! ¿Cómo no lo vi primero para haber ido yo?

—No te pierdes nada del otro mundo, es un imbécil. —Me dio rabia tener que admitir aquello —. Si quieres, puedes atenderlo tú. No me apetece volver a esa mesa.

—¿Tan mal te fue? —Puso los ojos en blanco—. Bah, ¡decepción total! ¿Qué les sucede a los hombres últimamente? —Mientras Ellie hablaba yo miraba con discreción hacia el grupo de motoristas. Él mantenía los ojos fijos en mí sin disimular siquiera, haciéndome sentir incómoda —. ¿Qué te dijo para que estés de tan mal humor?

—Que saliera con él.

—¿Cómo que...? ¿Y por eso estás así?

Ellie es el ser más indiscreto del planeta. Al preguntar aquello alzó tanto la voz, que tuve que cubrirle la boca con la mano para silenciarla. Y aun así fue inútil; noté como el chico sonreía. Hasta un ciego se hubiera dado cuenta de que estaba hablando de él con mi amiga.

Era más vergüenza de la que podía soportar. Le pedí a Ellie que continuara atendiendo su mesa y me escabullí hacia la cocina con pasos apresurados y las mejillas ardiendo de rubor.

Al poco rato sentí el rugido inconfundible de las motos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Subí a una silla para asomarme por una ventanilla alta, ubicada al lado de la alacena. Los vi alejarse a través del camino de tierra que separaba la cafetería de la calle principal. La furgoneta salió detrás de la última moto, al parecer era parte de la caravana.

Mi amiga por poco me hace caer de la silla con su alboroto:

—¡Alexandra, eres una suertuda! —Acto seguido me extendió un pedazo de papel—. ¡Te dejó su número de teléfono!

Cuando vi la nota, mi corazón dejó de palpitar durante algunos segundos:

«*Disculpa, me porté como un cerdo. Me harías el hombre más feliz de la tierra si me dejas empezar de nuevo. Llámame, por fa. Taylor*»

Capítulo 3

Digité los números con dedos temblorosos. No lo habría llamado de no ser por la coincidencia de su nombre. Definitivamente ese sueño significaba algo; tantas casualidades ya me estaban asustando. Como no respondió el teléfono asumí que estaría conduciendo; era de esperar, dado que la caravana apenas había salido de la cafetería. Sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mí poco a poco. Mis músculos estaban tensos y no podía parar de moverme. Después de insistir varias veces, lo dejé por imposible.

Esa tarde fui una de las últimas en salir de la cafetería. Ayudé a Hugo a cerrar las cuentas y a dejar todo ordenado para el día siguiente. Mi mente solo buscaba un buen pretexto para mantenerse ocupada; no quería pensar demasiado, porque, de hacerlo, regresaba una y otra vez a la pesadilla y al chico misterioso que me dejó su nombre escrito en un pedazo de papel, como quien pide a gritos ser rescatado del mundo de los sueños.

Cuando terminé de trabajar, decidí ir a comprar el regalo de boda de mis amigos. Llamé a Olivia para que me acompañara.

—*¿Se te olvida que tendremos una cena familiar?*

—¡Ay cierto! —exclamé—. Lo olvidé por completo. Hoy el día ha sido demasiado raro.

—*Mi papá ya está en camino, seguro querrá verte cuando llegue.*

—Iré a comprar el regalo de Vale y Luke. Estaré allí lo antes posible.

Mientras manejaba, perdí todo sentido del tiempo y de la orientación. Ni siquiera noté en qué momento cayó la noche. No recordaba hacia dónde me dirigía, solo tenía claro que debía comprar un regalo para una boda. Cuando por fin reaccioné, estaba en una gasolinera al otro lado del pueblo.

—Disculpe, señor, ¿la tienda está abierta?

—Estoy cerrando, señorita, es casi medianoche.

«¡¿Medianoche?! ¡No puede ser!»

Miré mi teléfono y, efectivamente, eran cerca de las doce. Tenía trece llamadas perdidas de mi familia.

«Por Dios, ¿qué me sucedió? ¿Cómo llegué hasta acá?»

Llamé a mi madre desesperada; tenía miedo y frío. Esa ropa que llevaba puesta no era mía: una blusa naranja de lunares y una pantaloneta beige.

«¿Dónde está mi chaqueta? Estoy segura de que hoy salí de casa con mi chaqueta de cuero».

En ese instante mi madre contestó el teléfono. Estaba al borde de un colapso.

—*¿Ale, eres tú?*

—Sí, mamá, soy yo…

—*¡Gracias a Dios, hija! Pensé que… ¡Ay, Alexandra! ¿Qué te sucedió, mi niña? ¿Dónde estás?*

—No sé, mima, creo que estoy lejos de casa.

—*¿Pero qué…? ¿Qué pasó? ¿Estás bien? Tu papá y tu hermano salieron a buscarte. Me acaban de llamar diciendo que irían a la policía. ¡Andan como locos! Yo estoy en casa con Olivia y los niños, pero estuve a punto de salir yo también. Hija, ¿dónde te metiste?*

Mi madre estaba tan nerviosa que no paraba de hablar. No quise ni imaginar cómo se sentía. Y

lo peor de todo es que no supe explicarle qué me sucedió.

—Me perdí, es todo…

Compartí mi ubicación con Fabio y tuve que esperar media hora hasta que llegara. De veras estaba muy lejos de casa. Cuando vi a mi hermano, me lancé sobre él como una criatura indefensa. No podía parar de llorar.

—¡Perdónenme! ¡Perdón, mi hermanito! No quería faltar a nuestra cena.

—Ya pasó, nena, ya estoy aquí. Voy a llevarte a casa.

—¿Dónde estamos?

—En Kern… Te alejaste bastante

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos solos, no había un alma por todo el lugar. No sé cómo no me asaltaron, o algo peor… Mejor ni imaginarlo.

—No quiero conducir.

—No, no lo harás. Mañana enviaremos la grúa para que recoja tu auto.

Cuando llegué a casa parecía que mi familia había visto un fantasma. Mis padres me abrazaron y no se cansaban de agradecerle a Dios. Mi cuñada también me abrazó, noté que me miró con lástima. Olivia escuchó la algarabía y bajó las escaleras a toda velocidad.

—¡Tenía que haber ido contigo, Ale! ¡Si te hubiera pasado algo, yo…!

—Tranquila, ya estoy aquí. No pasa nada.

Desde que su madre murió y mi hermano volvió a casarse, Oliva pasaba mucho tiempo en nuestra casa. Siempre fue muy apegada a mí y a mi madre. Me imagino que su hogar le traía recuerdos y por eso prefería permanecer alejada.

—¡No soportaría perderte a ti también!

—No exageres, ya estoy de vuelta, ¿no? —Intenté fingir normalidad—. ¿Dónde están tus hermanos?

—Se durmieron hace rato —intervino Camila—. ¿Quieres que te prepare algo? Quedó bastante comida.

—No, gracias. No tengo hambre. De verdad, lamento haberme perdido la cena. —Mi cuñada no insistió—. Iré a dormir, estoy agotada.

—Si necesitas algo avísanos, estaremos aquí abajo un rato más. —Señaló hacia el salón donde estaban mis padres y mi hermano. Me di cuenta de que Fabio le estaba chequeando la presión a papá—. Hasta mañana, Ale. Olivia, intenta descansar tú también.

—Los niños están en mi cama. Dormiré con mi tía.

—Hasta mañana —dije en voz muy baja y subí las escaleras de la mano de mi sobrina. Todo daba vueltas a mi alrededor—. Descansen ustedes también.

Olivia me despertó en plena madrugada. Yo estaba temblando y, según ella, llevaba largo rato hablándole a un tal Taylor.

Capítulo 4

Me despertó el timbre de mi celular. No conocía el número, quizás fuera el *hippie* que visitó la cafetería el día anterior.

—¡Hola!

—*¡Buen día!* —Era una voz masculina, eso hizo que me sobresaltara— *¿Hablo con Alexandra Fernández?*

—Eh… sí, la misma… ¿Quién me habla?

—*Mi nombre es Álvaro. Esta es una llamada de confirmación de identidad. Su hermano solicitó nuestros servicios para devolver su auto.…*

Era el chico de la grúa, ¿cómo se me ocurrió que el tal Taylor podría llamarme?

Cuando bajé a desayunar, mi hermano y su familia ya se habían marchado. No me dio tiempo a ver a mis sobrinitos despiertos. Mis padres estaban en la cocina cuchicheando. Recorrí despacio la escalera para no interrumpir… o quizás debería admitir que lo hice para enterarme de lo que estaban hablando.

—No es normal; Fabio tiene razón. —Se notaba la preocupación de mi padre—. Esta vez fue peor que la anterior. Si sigue así…

—¿Están hablando de mí? —Mi madre se puso pálida cuando me vio aparecer—. ¿Dices que la vez anterior? ¿A qué te refieres, papi?

—No es nada, Ale, tu papá estaba hablando de su crisis de la presión. Anoche se descompensó… y fue peor que la vez anterior… ¡Sí, de eso estábamos hablando! —Mamá no era buena mintiendo, pero yo fingí que me tragaba su historia para no mortificarlos—. ¿Cómo te sientes tú? ¿Descansaste?

—Más o menos —dije mientras le besaba la cabeza a mi padre. No me gustaba verlo tan consternado—. Apenas pude dormir; sentí mucho frío anoche.

—¿En serio? Nosotros tuvimos que quitarnos la cobija; la temperatura subió mucho esta madrugada.

—¡Qué raro…! —Me llamó la atención que no era la primera vez que mi cuerpo temblaba de frío en una noche calurosa—. Bueno, me alistaré para el trabajo, no quiero llegar tarde.

—Ale, ¿estás segura de que quieres ir? —inquirió mi madre, preocupada—. Yo me comuniqué con Hugo ayer, a ver si sabía algo de ti, y hoy temprano él llamó preguntando cómo estabas. Le dije que probablemente no irías hoy.

—No, mima, estoy bien, de veras. El trabajo me distrae. —Tomé el último sorbo de café que quedaba en mi taza y chequeé la hora en el reloj de pared—. Es temprano. Si me apresuro, podré comprar el regalo de Vale y Luke antes de ir a la cafetería.

—Alexandra, ¿de qué estás hablando? —Nuevamente su expresión se tiñó de espanto.

—La boda de los muchachos. Ayer llegaron las invitaciones, ¿no? Eso quiere decir que ya estoy a contrarreloj…

—¡Hija, la boda fue hace tres meses!

No supe cómo reaccionar. Me quedé muda, solo alternando la vista entre su rostro y el de mi padre, a la expectativa del más mínimo signo de que aquello fuese una broma pesada. Ellos me miraban con expresiones que no quise detenerme a analizar. Salté de la silla dando traspiés y fui

a buscar las invitaciones en la gaveta donde vi a mi madre colocarlas la mañana anterior.

—¿Dónde están…? ¿Y las invitaciones? ¡Mima, estaban aquí…!

—¡Ale, hijita, todo estará bien! —Mi padre intentó calmarme mientras ella, temblando de nervios, digitaba unos números en el teléfono de la cocina—. ¡Debes tranquilizarte! Ayer estabas muy alterada, tuviste otro episodio…

—¿Qué episodio, papá? ¿Qué está sucediendo? ¿Dónde está Olivia?

—Está en la universidad. Olivia ya no vive aquí. —Mi cabeza comenzó a dar vueltas. Me sentía a punto de perder el conocimiento; nada a mi alrededor tenía sentido—. ¡Ale, siéntate! ¡Respira profundo e intenta calmarte! Ya vienen a ayudarte…

No escuché nada más, sus palabras fueron esfumándose como un eco lejano. Lo último que recuerdo de esa plática en el comedor es el péndulo del reloj de pared moviéndose más despacio de lo normal, como en cámara lenta. Caí sobre mi espalda y acto seguido todo se tornó oscuro.

«¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? Tengo mucho frío…»

—Alexandra, ¿me escuchas? —Una enfermera chequeaba mis pupilas con una lucecita—. Estás internada en el hospital. ¿Recuerdas algo?

—Mi mamá… mi papá… —No reconocí mi propia voz. Intenté incorporarme, pero las náuseas y el dolor de cabeza me lo impidieron—. ¿Dónde están mis padres?

—Les avisaremos que despertaste. Primero necesito saber si recuerdas algo.

—El péndulo… se estaba moviendo despacio. Yo… quería comprar un regalo y sentí mucho ruido. Había una furgoneta con un arcoíris… y Taylor… él…

La enfermera miró hacia el otro extremo de la habitación. Noté cómo negaba con la cabeza. Cuando volteé el rostro, encontré otra persona allí; no me había percatado de su presencia hasta que la mujer miró en su dirección. Arrugué los ojos para poder enfocar la vista. Todo estaba turbio, me costaba demasiado distinguir las figuras.

—Llama a su familia. —El hombre hablaba pausadamente—. Diles que despertó, pero no podrá irse a casa. Aún no.

—Espere… ¿qué? No… no quiero estar aquí… Me quiero ir a casa…

Segundos más tarde, mis padres entraron a la habitación. Al verlos no pude contener el llanto. Ellos me abrazaron enseguida, intentando abarcar por completo mi cuerpo tembloroso y adolorido. A pesar del calor que me transmitieron, mis temblores no cesaban. Sentía mucho frío… y miedo.

—¡Mamá… lo siento, no quise gritarles! ¡Papi, estoy asustada! ¿Qué está pasando?

—Hija, tuviste un accidente.

Capítulo 5

Febrero, 2022.

Estuve tres meses en rehabilitación. Al parecer el sueño del día de Acción de Gracias sí fue un presagio. Por suerte sobreviví. Recuerdo muy poco de mi vida antes del accidente. Los eventos, las fechas, las personas… Todo está mezclado en mi memoria, como una espiral que no para de dar vueltas. El terapeuta que me atendió después del choque me dijo que era normal, a causa del trauma que sufrí. Me aconsejó que no intentara forzar nada. Poco a poco iría recordando y lo que ahora parecía un caos dentro de mi mente, se iría acomodando con el tiempo. Lo único bueno que me quedó de ese suceso fue conocer a Taylor…

Abril, 2022.

Mi terapeuta tenía razón: poco a poco. Creo que con el tiempo estoy comprendiendo mejor; voy encontrando el sentido de ciertas cosas, aunque aún me siento fragmentada. Han sido unos meses intensos.

Los chicos son maravillosos y Taylor ha sido muy paciente. Sería irónico decir que él es "un sueño hecho realidad". Cuando desperté después del accidente, su nombre estaba mezclado entre mis recuerdos difusos, igual que la boda de mis amigos, la furgoneta hippie y el péndulo sobre mi cabeza. Creí que lo había soñado, que me estaba volviendo loca, pero nadie tiene el poder de ver el futuro. Los sueños son solo eso: sueños. Puede que la realidad se mezcle con ellos misteriosamente y algunos fragmentos coincidan en alguna dimensión del subconsciente. Sin embargo, aquí estoy: no morí ese día; en todo caso, nací…

Agosto, 2022.

Ella es un ser mágico, no parece humana. Su energía es un don de los dioses. Cuando me toma las manos, puede ver a través de mi alma… y yo intento ver la suya torpemente. Entonces me sonríe y me trae de vuelta. Me enseñó a trascender. Le debo todo lo que he recordado… aunque hay cosas que prefiero volver a olvidar…

—¿Qué tanto escribes, mi amor?

Taylor interrumpió mi rutina de cada noche. Me quedó la costumbre de escribir algunos fragmentos relacionados con lo que pasó. Al principio era algo terapéutico, luego lo hacía por placer. Sin embargo, durante esos días dejó de parecerme divertido; recordé mucho más de lo que hubiese deseado.

—Nada, tonterías mías…

Meses atrás, cuando desperté en el hospital, pregunté por él. Nadie entendía cómo sabía su nombre. Supusieron que lo había escuchado mientras estuve inconsciente. Todos a mi alrededor me pedían que descansara, pero no podía dormir, no podía pensar, no podía vivir sin saber quién

rayos era Taylor. Mis padres autorizaron al personal médico a avisarle al joven que había despertado.

—¡Hola, Alexandra! —Estaba segura de que había escuchado esa voz antes—. ¿Estás despierta? —Abrí los ojos y me incorporé con cuidado. Él se acercó para ayudarme. Pasar tanto tiempo acostada me provocaba un mareo insoportable, y mi campo de visión se abría poco a poco—. Disculpa, no quiero ser inoportuno…

—Descuida, me siento mejor. —Lo miré a los ojos directamente. Su voz no era lo único que me resultaba familiar; también su rostro, su sombrero, su chaqueta… *«¡Cielos, qué guapo! ¡Que me choque las veces que quiera!»*—. Disculpa, me distraje —balbuceé cuando volví en mí—. Eres Taylor, ¿no?

— ¡Así es! —Me extendió la mano—. ¡Para servirte!

—Esto sonará loco, pero tengo que hacer la pregunta... ¿nos conocimos antes?

—No lo creo. De hecho, no soy de aquí. Viajaba con unos amigos cuando choqué tu auto. —Apenas me sostenía la mirada—. Dime qué puedo hacer por ti, lo que sea… Me pasó lo peor por la mente, pensé que no despertarías.

—¿Cómo fue? El accidente, quiero decir. No recuerdo nada.

—Fue hace tres días, en la interestatal. Perdí los frenos y no vi tu auto. El resto del grupo retomó el viaje al día siguiente, tienen una exposición de motocicletas… Yo no pude; necesitaba asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Viajas con un grupo? ¿Motocicletas? Espera… recuerdo…

—¿Recuerdas algo?

—No… Es decir, debe ser una artimaña de mi subconsciente. —Sonreí—. Desde que desperté me sucede con frecuencia. Retazos del pasado que no tienen ningún sentido.

—Ya veo… Me dijeron que me nombraste cuando estabas inconsciente.

—Sí, soñé con un tal Taylor... Bueno, en realidad no fue un sueño, sino momentos de lucidez en medio del caos de mi cerebro. Todo sucedió muy rápido. Han pasado apenas setenta y dos horas, pero me parece que fue hace tiempo. Incluso consideré la posibilidad de haberte conocido en la cafetería donde trabajo. Es demasiado confuso todo.

—¿Cafetería? Es la primera vez que visito el pueblo. De hecho, no tengo idea de cómo escuchaste mi nombre. Mis amigos me llaman Lion por el vinilo de mi moto, y no creo que alguien de aquí me haya mencionado. Estoy tan confundido como tú.

—No estabas manejando tu moto, ¿verdad? ¿Ibas en un auto cuando me chocaste?

—Obvio, de lo contrario sería yo quien estuviera en esa cama.

—Recuerdo el auto… Era una furgoneta *hippie*, con un arcoíris en el lateral.

—No, no, ese es el auto de mi hermana. Esta vez andaba solo con los chicos. Transportábamos las motos en… Espera, ¿dónde viste la furgo de Luna?

—En el mismo sueño donde te conocí.

Capítulo 6

Después del accidente, Taylor contactó a su abogado para que lo asesorara. Sabía perfectamente que enfrentaría consecuencias legales si viajaba antes de verificar las restricciones en su licencia de conducción. Por suerte todo estaba en orden y podría alcanzar a su grupo en la exposición de motos, una especie de feria que hacían todos los años en diferentes regiones del país.

—Esta vez se celebrará en el condado de Kern… —En cuanto lo mencionó, empecé a divagar.

«¿Dijo Kern? Hace poco estuve allá, no estoy segura… ¡Memoria de porquería! Aunque… pudo haber sido un sueño. No, espera… creo que… recuerdo algo... Es como una bruma espesa en mi cerebro, pero puedo ver algunos fragmentos de esa noche. ¡Sí, exacto, era de noche! Estaba con mi hermano… y yo… sentía frío…»

—Por lo general dura dos semanas, a veces más. —Taylor continuaba hablando; en cambio, yo había perdido por completo el hilo de la plática. No quería parecer grosera, así que hice un esfuerzo sobrehumano para volver a concentrarme—. Aún quedan unos días de celebración, creo que podré incorporarme sin ningún problema. Alcanzaré a los chicos porque cuentan conmigo y no quiero quedar mal, pero en cuanto se acabe la feria estaré de vuelta. Hasta que no salgas de este hospital no me iré del pueblo.

—No tienes que preocuparte, ya has hecho bastante por mí.

—Sí, fue bastante dejarte internada aquí sabrá Dios por cuanto tiempo. —Me hizo reír—. ¡Usted no puede echarme del pueblo, señorita! Me quedo. ¡Asunto cerrado!

—Está bien… señorito… —Ahora fue él quien rio—. No me molesta tu compañía; al contrario, me entretiene.

—¡Perfecto! Espérame entonces, regreso en unos días.

—No puedo ir a ningún lado, así que lo de esperarte no es una opción.

—¿Me esperarías si tuvieras otra alternativa?

—Nah… —Se notó en su rostro que no esperaba esa respuesta—. ¡Estoy loca por salir de aquí! Extraño mi cama, mis libros, mis plantas…

—¿Tienes plantas?

—Muchas… y animales… Soy bióloga, me gustan los seres vivos.

—¡Irónico!

—¿Irónico? ¿Qué tiene?

—Te gustan los seres vivos y eres cruel con los humanos.

—¿Yo? —Me hice la desentendida para ver adónde quería llegar—. ¿Cruel por qué?

—Pensé que me esperarías, aunque tuvieras otra opción.

—¡Claro que no, ni siquiera te conozco!

—¡Muy bien! ¡Resolvamos eso! —Acercó una silla de aluminio a la cama y se sentó frente a mí—. Pregunta lo que quieras.

—Pues, la verdad, quiero saberlo todo. Es obvio que tu vida ha sido intensa… a diferencia de la mía. Pero así apurados no vale la pena. Ya te dije: no tengo a dónde ir por ahora. A menos que decidas no regresar, nos sobra tiempo para conocernos.

Cuatro días después estaba de vuelta. Ya comenzaba a extrañarlo. Le confesé a Olivia que me

intrigaba mucho. Y sí, lo hubiese esperado el tiempo que hiciera falta, aunque él no tenía que saberlo.

Esa tarde mis padres se acababan de ir. Fue quedarme sola y que mi mente volase hacia Taylor. Casi pareció una señal verlo acercarse cuando la enfermera anunció mi próxima visita. Se veía cansado, sin embargo, no quiso esperar al día siguiente; supongo que yo también lo intrigaba. Traía un pequeño cactus en una macetita de barro, dibujada con flores al estilo mexicano: una auténtica belleza.

—¡Un regalito para la bióloga! Los vendieron por montones en la feria.

—¡Gracias, Taylor! ¡Qué detalle tan bonito! Me encantan los cactus. Su nombre científico es *Cactaceae* y se estima que evolucionaron hará unos treinta o cuarenta millones de años, ¿te imaginas? Viajaron desde América hasta Europa en forma de semillas, transportados en el aparato digestivo de pájaros migratorios… —Él me miraba extasiado y no tardó en hacerme sonrojar—. Oh, disculpa… Es aburrida la clase de Biología, ¿cierto?

—Todo lo contrario, ¡me encanta!

—Igual, eso no es relevante. El punto es que amo a estos pequeños. —Coloqué la maceta en la mesita junto a mi cama y aprecié su belleza durante unos segundos más—. Dime de la exposición, ¿cómo les fue? —Una sonrisa preciosa le borró la expresión de cansancio del rostro. Se notaba que las motos y la aventura eran su pasión.

—Primero dime cómo te has sentido y luego te echo toda la historia.

—Estoy bien. ¡Dale, cuenta!

—¡Dios, a eso le llamo aburrimiento en su máxima expresión! ¡Te superan las ganas de hablar con alguien!

—Con alguien no… ¡contigo! —Mi confesión lo dejó atontado, pero no hizo comentarios—. No te vayas por las ramas, es solo que me hubiese gustado ir a esa feria.

—No pensé nada… aunque me alegra escucharlo.

Cada día disfrutaba más de su compañía. A veces me sentía tan cansada por las terapias físicas, que apenas podía mantener una plática coherente. Sin embargo, no quería que se fuera. Me contó las historias más fascinantes de su vida y sus viajes, mientras yo me sumergía en sus palabras, al punto de olvidar el dolor disperso por todo mi cuerpo.

—Desde niño sabía que la carretera era mi destino. Soy adicto a la adrenalina, a las carreras, a la incertidumbre de lo que depara el día de mañana… —Yo lo escuchaba absorta. Sus ojos se llenaban de un brillo hermoso que ponía mi corazón a latir más apresurado de lo normal, como si quisiera acompañarlo en esos viajes infinitos—. Cada día es una aventura nueva. Juré que no me casaría hasta que conozca al menos cinco ciudades de cada estado y visite, mínimo, diez países extranjeros.

—¡Sí que estás loco! ¡Te casarás a los cincuenta!

—No importa. ¡Sé que valdrá la pena!

—Yo también lo creo… Aunque no entiendo cómo hacen para costearse esos viajes.

Cuando Taylor me dijo cómo obtenían sus recursos, me quedé pasmada. Ya sabía que los *hippies* eran extremadamente creativos, pero no imaginaba las cosas que eran capaces de hacer para vivir de ese modo tan poco convencional y a la vez tan maravilloso.

—Por lo general hacemos trabajos estacionales que varían en dependencia de muchos factores. Realizamos labores agrícolas, nos contratamos en restaurantes, en festivales o en cualquier lugar donde necesiten mano de obra. A menudo recolectamos y vendemos chatarra, e incluso ayudamos a los dueños de los talleres a reparar o remplazar piezas de autos. También están los que tienen talento para la música, la pintura, la cerámica o la joyería. En mi grupo tenemos a

Sheeta, una pintora graduada de la escuela de arte. Sus obras son muy bien pagadas en las ciudades que visitamos, sobre todo por los extranjeros que asisten a los festivales. Mi hermana se decanta más hacia las manualidades. Le apasiona crear accesorios, figuras artesanales, personalizar las prendas de vestir recicladas..., y también gana mucho dinero de esa manera. Aprovechamos las ferias y los festivales, pero en las calles también vendemos bastante.

—¿Vendieron algo en la feria de Kern?

—Algunas cosas… La prioridad de esta vez fue comprarles a los otros grupos para ayudarlos. —Señaló el cactus que me regaló—. Intentamos colaborar y apoyarnos entre todos.

—¡Eso es maravilloso, Taylor! ¡Ojalá todo el mundo pensara como ustedes!

—En el fondo, la mayoría de las personas son generosas, solo necesitamos recordárselo de vez en cuando.

—¿Cómo así?

—Casi siempre hay trabajo, pero cuando estamos contra las cuerdas, tenemos que pedir donaciones en las calles. Algunos nos miran con simpatía, otros, con lástima, y muchos, como si fuéramos escoria, sin embargo, siempre nos dejan algo, ya sea dinero, ropa, o comida.

—O sea, ¿han mendigado?

—Técnicamente sí. —sonrió—. Soy de la opinión que nada es vergonzoso mientras te ayude a cumplir tus metas y sueños sin afectar a nadie.

Me emocioné al escucharlo, sobre todo porque esos grupos se convierten en una gran familia, donde el problema de uno es el de todos. Es increíble la solidaridad que desarrollan entre ellos y la manera tan bonita en que la transmiten al resto de las personas. ¡Estaba ansiosa por conocerlos!

Según Taylor, tuvo que aprender a hacer muchas cosas para poder costear su estilo de vida. Por mucho que ganara en los trabajos temporales, apenas le alcanzaba para el día a día; él mismo lo confirmó cuando me dijo que en ocasiones tenían que recurrir a la mendicidad para seguir su camino. Sin embargo, había algo que no me encajaba: estaba casi convencida de que él tenía otra fuente de ingresos.

Al principio no me lo mencionó, pero meses después me enteré de que sus padres eran socios de una agencia de transporte en Colorado. El dinero no era problema para su familia. Él y su hermana eligieron esa vida, más que todo, por diversión; aun así, cuando se les presentaba una emergencia, los padres los respaldaban enseguida. De esa manera fue como pudo resolver la situación del accidente asesorado por un buen abogado.

Además, intentó apoyar a mis padres con los gastos de la hospitalización. Fue un gesto bonito de su parte, pero ellos no aceptaron su ayuda. No eran muy confiados y no los culpo; en definitiva, no lo conocían de nada en aquel momento. Les pareció que solo actuaba de ese modo con tal de librarse de un proceso judicial. Luego cambiaron de opinión respecto a él y se convencieron de que sus intenciones eran genuinas.

Taylor se portó muy bien con nosotros. Estuvo al pendiente del más mínimo avance en mi proceso de recuperación. Desde el principio demostró que quería ayudar… y conocerme mejor. Los dos quedamos con las mismas dudas el día en que nos conocimos personalmente; no podíamos entender el surrealismo que nos hizo coincidir. ¿Cómo supe su nombre? ¿Será que nuestros caminos se entrelazaron en otra vida? Necesitábamos esa respuesta urgente.

Capítulo 7

Justo al mes de mi alta médica, me uní a la caravana. No sé si en otra vida fui feliz; en esta lo era.

No esperaba enamorarme del hombre que por poco me mata, y mucho menos recorrer el país junto a ese grupo de dementes. Nunca me detuve a intentar comprender el estilo de vida de los *hippies*. Sus furgonetas de colores me encantaban, pero eso era todo.

Irónicamente, terminé siendo una de ellos al rendirme por completo a la vida de nómadas: día tras día elegíamos la libertad de las carreteras, la adrenalina de las carreras de motos, la comida rápida y los malos hábitos… Mientras durara la juventud, había que disfrutarla.

Jamás había sido libre. Mi vida podría resumirse entre el trabajo en la cafetería y el tedio de la universidad. Cuando conocí a Taylor, comprendí que las cadenas de la rutina son invisibles, pero ejercen un poder incalculable sobre las almas arraigadas en sus círculos viciosos. A algunos no les interesa despertar; otros, ni siquiera saben que pueden hacerlo hasta que algo inesperado los sacude.

En mi caso, estar al borde de la muerte me recordó cuán volátil puede ser el tiempo que se malgasta haciendo cualquier cosa, menos aquello que nos hace felices. Y no hablo de la felicidad impuesta por una sociedad en decadencia que acaba amputándonos las alas y contaminando nuestras ganas de volar. No, no me refiero a esa, sino a la auténtica felicidad que provoca la libertad; esa por la que luchas a ciegas, aun cuando tienes que mendigar para conseguirla. Me refiero a la felicidad sublime que se siente cuando finalmente nos miramos al espejo y reconocemos a quien está del otro lado.

Mi padre por poco me mata cuando le dije que dejaría la Biología para cuando naciera de nuevo. Mi hermano y mi madre, sin llegar a ser hirientes, usaron palabras muy fuertes a fin de hacerme entrar en razón; casi odiaron a Taylor por irrumpir en mi vida y desestructurarla de esa manera. Según ellos, perdí un tornillo en ese accidente. ¡Bendito tornillo que me hizo despertar a tiempo!

La única que no protestó cuando decidí irme de casa fue Olivia.

—Por poco no haces el cuento, pero ya está demostrado que eres más fuerte que la parca. Y, por si fuera poco, saliste con ventaja; el *hippie* no estaba en los planes. —No pude contener la risa—. ¡Te lo dije! ¡Soñar con tu propia muerte es un símbolo de evolución positiva, de renacimiento!

Sus palabras reactivaron un recuerdo, o, en todo caso, un fragmento tan aleatorio como cualquier otro. Me dio la impresión de que acababa de tener un *déjà vu*.

—Creo que ya tuvimos esta plática —Mi sonrisa se tornó nerviosa—. Parezco una vieja senil recordando retacitos de su juventud…

—Sí lo hablamos —Su semblante también cambió de repente—. La noche antes del accidente, lo soñaste. ¿De veras no lo recuerdas?

—No bromees con eso. Intento recordar y…

—¡No estoy bromeando, tía! Ese día me llamaste para que te acompañara a comprar un regalo de boda y luego nos avisaron de que te habían chocado en la interestatal. Me sentí tan culpable…

Bajó la mirada y a mí se me amontonaron un millón de preguntas en la cabeza. Nada encajaba,

nadie me daba una versión coherente. Lo único que parecía tener sentido era mi historia con Taylor. Todo antes de él estaba difuso.

No quise seguir indagando; no permitiría que la incertidumbre de mi vida anterior afectara la que estaba por comenzar.

—No fue tu culpa, Oli —le dije, mientras me acercaba para consolarla—. ¿Quién iba a imaginar qué tendría un accidente? Además, mejor que no me acompañaste; si te hubiera pasado algo, creo que me hubiese matado yo misma.

—Exagerada, ni que me quisieras tanto.

—No, no es que te quiera demasiado —Olivia hizo un puchero—, pero no podría aguantar a tu padre después. —Reímos al pensar en el cascarrabias de mi hermano—. ¡Ay, muchacha, Dios te libre! ¡Es mejor no bromear con eso!

—De haber ido contigo, quizás hubiese muerto. —Se puso seria nuevamente—. Dijiste que en tu sueño alguien murió. —Como un acto reflejo se hizo una cruz en el pecho y salió corriendo de mi habitación.

Después de ese momento tan raro, las palabras de mi sobrina continuaron resonando en mi cabeza. Al parecer ella tenía las respuestas para todas las preguntas que me atormentaban y que los demás eludían tan descaradamente. Hubiese querido saber más detalles, pero no era el momento de hablar sobre eso, Taylor estaba por llegar.

Efectivamente, no tardó mucho en aparecer.

—¡Mamá, papá, ya me voy! —Los llamé mientras bajaba las escaleras a toda prisa. Ellos salieron a mi encuentro y me di cuenta en el acto de su mirada de lástima. Desde su percepción, estaba arrojando mi vida por la borda. Desde la mía, recién comenzaba la aventura más bacana de la historia. Tendría algo emocionante para contarles a mis hijos—. ¡Los amo! ¡No dejen de escribirme!

Abracé a ambos a la vez en el portal de la casa y Olivia de inmediato se nos unió en el abrazo familiar. Me había despedido de Fabio el día anterior, sin embargo, mi pecho se apretó ante su ausencia.

—Cuídate, hija, y escribe tú también, que te conozco. —Mi mamá siempre fue más fuerte de carácter que papá. Ella no lloró. Al contrario, estuvo haciendo bromas hasta el último momento —. ¡Taylor —gritó—, si le pasa algo te mato! ¡Mira la escopeta detrás de la puerta! —Mi novio rio de las ocurrencias de mi madre. Ya estaba sentado en la moto y levantó ambas manos en señal de paz.

—¡Descuide, yo me encargo de mantenerla a salvo!

—Irónico, ¿no?, teniendo en cuenta que por poco la matas —masculló mi padre.

Le abrí los ojos para que callara, aunque estaba segura de que Taylor no podía escucharlo.

—No digas eso, viejo, fue un accidente. ¡Dame un beso, anda, que se nos está haciendo tarde!

Ya en marcha, miré atrás varias veces hasta que la casa desapareció de mi campo de visión. Abracé a Taylor por la cintura y sentí un escalofrío raro, pero embriagador. Me esperaba un destino totalmente diferente al que planeé metódicamente durante tantos años.

Antes, me veía graduada de la universidad y casada con un biólogo, o quizás con un policía del condado; ahorraríamos para comprar nuestra propia casita en el mismo vecindario de mis padres; más adelante llegarían los niños; quería dos o tres hijos y estaba convencida de que me harían muy feliz, porque adoraba a mis sobrinos como si fuesen míos…

Desde el instante en que decidí montarme en esa moto para seguir a Taylor, supe que iba en dirección opuesta a esa fantasía. Él representaba otra cosa: su esencia era la del león que le dio su

apodo. Cuando pensé en ello, acaricié con la punta de los dedos el relieve del vinilo que adornaba la carrocería. «*Lion: ¡cuánta fuerza y seguridad me transmites!*». El león es un símbolo de autoridad, de poder, de sabiduría… y al mismo tiempo de libertad, de resurrección… *«Soñar con tu propia muerte significa renacer»*. Las palabras de Olivia resonaron de nuevo en mi cabeza, provocándome una punzada en el pecho. Entonces lo entendí todo: renací después de ese accidente. Lion era mi oportunidad para un nuevo comienzo. No sabía con exactitud a dónde nos dirigíamos, pero definitivamente, mientras estuviera con él, me encontraba en el camino correcto.

Capítulo 8

Desde lejos vi la caravana. Por puro instinto lancé un grito vaquero y agité mi sombrero en el aire. Ese día conocería a Luna, la hermana de Taylor y dueña de la furgoneta del arcoíris.

—¡Estás feliz, me gusta verte así! —Teníamos que gritar para poder escucharnos por encima del ruido de la moto.

—¡Claro que estoy feliz! ¡Me encanta el desierto y me encantas tú! ¿Qué más puedo pedir?

Los chicos nos estaban esperando. Solo conocía a algunos, pero todos me recibieron como si fuera parte de la familia.

Luna estaba dentro de la furgoneta, intentando hacer una llamada telefónica. Taylor me pidió que lo esperara afuera, porque de la puerta en adelante estaba el mundo sagrado de su hermana: antes de entrar necesitaba su aprobación. Se asomó apenas dos minutos más tarde, con una sonrisa y un par de cervezas en la mano:

—¡Esto hay que registrarlo como un hecho histórico! —exclamó en voz alta para que todos lo escucharan—. ¡Por primera vez desde que la furgoneta llegó a nuestras vidas, alguien va a traspasar su umbral sin previo escaneo! ¡Alexandra, considérate privilegiada! —Todos reían y chillaban como locos—. ¡Vamos, pasa antes de que cambie de opinión!

La furgoneta era una belleza, se notaba que Luna la cuidaba como si fuese una extensión de su cuerpo. La pintura estaba impecable, sin un solo rayón. Según Taylor, ella misma diseñó los dibujos y eligió los colores. El arcoíris, el símbolo de paz, los astros, las mariposas..., absolutamente todo tenía un significado especial. Transmitía armonía, a pesar de la cantidad de figuras. Hasta la fina capa de polvo del desierto que cubría su superficie era hermosa.

Me acerqué con timidez y, respondiendo a un instinto infantil, quise escribir mi nombre y el de Taylor en el polvo. Cuando mi dedo hizo contacto con la furgoneta, mi cabeza se inclinó hacia atrás en un movimiento involuntario, el cielo cambió de color y un ruido indescifrable me dejó sorda. De repente todo se volvió caótico, solo pude distinguir una voz femenina que gritaba con desesperación: *«¡Frena, Taylor, vas a chocar!»*.

Segundos más tarde, alguien me sostenía la cabeza y me golpeaba levemente el rostro. La misma voz ahora me hablaba a mí:

—Alexandra, ¿estás bien? —Cada vez la escuchaba más cerca. Recuerdo que intenté abrir los ojos y que mis párpados pesaban—. ¡Muévanse, dejen que le entre aire! ¡Lion, trae un vaso con agua!

—No, Taylor… —Mi voz era casi inaudible—. No te alejes… No quiero morir sin conocerte.

Cuando volví en mí, estaba en el interior de la furgoneta. Miré a mi alrededor intentando ubicarme. Ya caía la noche, pero no nos movíamos. Al parecer decidieron acampar allí mismo. Mi novio estaba dormido a mi lado. Miré por la ventanilla del auto y vi al grupo alrededor de una fogata a unos metros de distancia. La figura de una mujer resaltaba entre ellos. Las llamas se proyectaban sobre sus accesorios, dignos de una gitana. Tenía el cabello, que debía llegarle a la cintura, recogido en una coleta, y un turbante amarrado en la cabeza, cubriendo casi la mitad de su frente. Unas argollas grandes se movían al compás de sus pasos. Iba descalza, con una falda de colores que por momentos le ocultaba los tobillos decorados con cadenitas y cordones de cuero.

—Ella es mi hermana. —Casi muero del susto cuando Taylor habló—. Está preocupada por ti. —Le acaricié el rostro con ternura y él tomó mi mano para besarla—. ¿Estás segura de que quieres ir con nosotros?

—¡Claro, mi amor! ¡Estoy bien! Lo que me pasó no es para alarmarse.

—Ya sé, Ale, pero es que…

—El estrés postraumático puede durar semanas o años —interrumpí—. Ni siquiera eso va a impedir que vaya con ustedes, así que olvídalo.

—¡Vale! —Me besó en los labios y luego sonrió orgulloso—. ¿Quieres incorporarte al grupo? Aún no te he presentado a Luna.

—Ahora me da vergüenza. Pensará que soy una debilucha…

—Al contrario, me dijo que en cuanto te tocó pudo sentir tu fuerza, comparable únicamente con la del león. —Me guiñó un ojo y encendió un cigarrillo—. ¡Parece que somos compatibles, nena!

—¿Dices que me tocó?

—Cuando te desmayaste. Yo me quedé paralizado como un estúpido, en cambio, ella corrió a socorrerte.

—Era ella… —Volví a mirar a la gitana a través de la ventanilla—. Era su voz… ¡Era Luna!

—¿Eh?

—No... Nada, no me hagas caso. Mis padres tienen razón: perdí un tornillo en ese accidente.

Unos minutos después me encontraba conversando con la persona más peculiar que he conocido en la vida.

—¿Te sientes mejor? —Fue lo primero que dijo cuando Taylor nos presentó. Sentí un escalofrío al escucharla. Estaba segura de que era la misma voz sin rostro que oí cuando me desmayé. Como no reaccioné, Luna continuó haciendo preguntas—. ¿No crees que deberías ir al hospital antes de partir con la caravana? Nos asustamos bastante. ¿Te ha pasado antes?

—No la agobies —interrumpió su hermano.

—No, no me molesta que se preocupe por mí. Gracias, Luna. Y discúlpame por no responderte; me quedé en blanco por un instante… Eso también me pasa con frecuencia, pero desde que nací. Mis padres dicen que siempre he sido lela. —Los tres reímos—. Es un placer poder acompañarlos —dije, y acto seguido abracé a la gitana.

Como ahora estaba consciente, pude sentir algo similar a lo que había descrito Taylor: una fuerza increíble emanando de su cuerpo.

—¡El placer es nuestro, Ale! Mi hermano nos habló mucho de ti y me alegro de que hayas venido. Eres un misterio que quiero descifrar por mí misma. —Sonrió con complicidad—. Presiento que nos llevaremos muy bien.

—¡Claro que sí! Ya somos familia prácticamente. Por cierto, eres hermosa, me encanta cómo luces: tu ropa, tus prendas, tu energía… ¡Todo en ti parece mágico! ¡Y la furgoneta, por Dios, nunca había visto semejante belleza!

—Ya le conté que la viste en un sueño —intervino Taylor—. Eso aún me da vueltas en la cabeza... ¿Cómo es posible que hayas soñado con el auto, con nosotros, con el accidente…?

—Hay cosas que no tienen explicación. —Luna lo hizo callar con su comentario—. La mente humana se limita a su humanidad. Debemos trascender para ver la realidad que se expande detrás de las ilusiones.

—Bueno, bueno… —La plática me estaba poniendo tensa—. No diría que «lo soñé». No tengo ese don, y si lo tengo, es nuevo para mí. Realmente nunca me había pasado, por eso intento verlo desde el punto de vista racional. El psicólogo me dijo que los sueños son gritos del

subconsciente. Quizás vi la furgo por el pueblo, o me topé con ustedes en la cafetería en algún momento. Muchas personas pasan por allí…

—Pero nosotros nunca…

—Lion, ahora no. —Luna no permitió que Taylor siguiera echándole leña al fuego. Se dio cuenta de que me ponía nerviosa al hablar del tema y supongo que opinaba lo mismo que yo: teníamos la vida por delante para descifrar el acertijo en que me convertí—. Vamos a comer, que el olor ya me abrió el apetito. ¡Ventura es el Dios del asado! ¡Deja que pruebes esa carne, Alexandra!

La gitana se adelantó y se unió al grupo. La seguimos en silencio, pero antes de sentarnos alrededor de la fogata, Taylor me abrazó y me dijo algo que me removió el suelo, el alma y el mundo:

—No sé si esto es un sueño, si es la realidad, si es una simulación o si estamos en la mismísima mátrix. Lo único que sé, es que bendigo la hora en que ese maldito accidente te puso en mi camino.

Capítulo 9

Luna tenía razón: el mejor asado que comí en mi vida lo hizo Ventura aquella noche. Los chicos se disputaban los pedazos más grandes, algunos hasta comieron doble. Parecían un montón de niños felices disfrutando de una acampada escolar.

Todos se mostraron preocupados por mi salud, pero en cuanto les expliqué que esos ataques eran producto del accidente enseguida se relajaron. Vibraban tan bonito como Luna y Lion. Después de tantos años desafiando juntos las carreteras y el desierto, se habían convertido en una familia inseparable. Estaba segura de que aprendería mucho con ellos.

Me cuesta creer que aún en la actualidad, hay una gran mayoría que rechaza el estilo de vida de los *hippies*. Supongo que se debe a la revolución mundial que implicó su movimiento en la década de los sesenta. Fue una respuesta aplastante ante la sociedad conservadora y materialista de la época. Demostraron que se puede llevar una vida sencilla, alejada del consumismo voraz promovido por los medios de comunicación; una vida opuesta a las convenciones sociales, centrada únicamente en el amor y la paz. Todo lo que se aleja de alguna manera de los preceptos hegemónicos dominantes, termina siendo rechazado. Todo lo que significa una alternativa diferente, es visto como un fenómeno. ¿No es un fenómeno quien hace la guerra, sino quien se opone a ella? ¿En serio? Definitivamente hay algo mal en ese razonamiento.

Yo no los comprendía antes de conocerlos, pero jamás sentí rechazo hacia ellos o sus costumbres. Aman el arte porque son artistas innatos; tienen una conexión especial con la naturaleza y la protegen como a sus propias vidas; sienten la música resonando en cada célula de sus cuerpos y cuando comparten una canción, se aseguran de que la entiendas y la vivas, para que luego seas capaz de transmitirla a alguien más. Ellos hablan del amor con tanta determinación porque saben lo que es amar en libertad. No se limitan a una bonita ideología, sino que, sesenta años después de su surgimiento, aún continúan creyendo en ella con todas sus fuerzas.

Aquella noche me uní formalmente a la banda de motoristas *hippies*. Casi todos usaban un alias: Luna, Lion, Ventura, Sákura, Sheeta, Rookie, Aldeano, Brooklyn, Kórima, Slayer, Bubble, Ghost y los hermanos Luigi y Mario. No estaba segura de poder aprenderme todos esos nombres y sus significados, pero algo era cierto: no podía quedarme atrás. Me bautizaron como «Loto», sinónimo de renacimiento, de resurrección. Ningún otro apodo me hubiese representado mejor.

—¿Así que no recuerdas mucho de tu vida anterior? —preguntó Sákura cuando terminamos de comer. Era la más joven del grupo, con apenas diecisiete años—. Debe ser raro, ¿eh?

—Así es. Supongo que eventualmente acabas adaptándote. Nunca imaginé que me sucedería a mí…, o a lo mejor sí lo hice y no lo recuerdo. —Todos rieron—. Sí, es raro, aunque creo que hay cosas peores. Cuenta una leyenda que las personas que pierden la memoria merecen una vida mejor a la que tenían. En un punto de inflexión, diseñado por los dioses, la consiguen, pero deben sacrificar sus recuerdos para evitar que interfieran en su presente.

—¿Tuviste una vida mala? —Kórima soltó la pregunta casi por instinto. Me parecía la más tímida del grupo, porque fue todo lo que la escuché decir esa noche.

—No, la verdad es que tuve una buena vida, lo que muy aburrida para mi gusto.

—¿Cómo lo sabes, si no puedes recordar? —inquirió Ventura, quien todavía estaba

saboreando los huesos de la costilla que él mismo asó.

—A ver, nunca dije que lo olvidé todo, no es amnesia total. En todo caso, lo que sucede es que mis recuerdos se han mezclado y no puedo comprenderlos…

—¡Como una pintura abstracta! —intervino Sheeta, la pintora del grupo. Todo lo asociaba con el arte; bonita manera de ver la vida—. ¡Vaya, eso sí que es *cool*!

—Hasta cierto punto lo es, pero cuando empiezan a suceder cosas raras, llegas a sentir pánico. —Lion y Luna escuchaban la plática sin interrumpir, mirándome como si estuviesen a punto de entrar a un laberinto—. Cuando desperté en el hospital, recordaba acontecimientos recientes que en realidad no sucedieron… al menos no del modo que yo pensaba. Fue como despertar en una realidad totalmente diferente a la mía. —No podía disimular mi desconcierto al hablar de ese tema.

—¡Ya no la atosiguen! —Luna siempre desviaba la plática; era muy sensible y percibía las emociones de los demás con solo verles el rostro. No quería que me esforzara rememorando mi experiencia traumática, sobre todo después de lo sucedido esa tarde—. Ale renació como la mismísima flor de loto, y es lo único que importa. Ahora es parte de nuestra familia. ¡Brindemos por eso!

—¡Bienvenida a la caravana, nena!

Más tarde armamos unas casas de campaña enormes, cada una de doce capacidades. En realidad, sobraba espacio porque éramos quince en el grupo, pero ellos solían ser así de peculiares.

—Ya lo sé, estas carpas parecen de un circo. —Slayer intentó explicarme el motivo de semejante exageración cuando vio mi cara de sorpresa—. El punto es que hay que dormir cómodos. No soporto que me tiren las patas encima.

—¡Oh, menos mal que es por eso! Pensé que los elefantes y los leones llegarían en cualquier momento —bromeé—. Ya, en serio, a pesar de ser talla gigante, tienen estilo. ¡Me gustan!

—Te adaptarás rápido a nuestras locuras, ya verás. Que vengas «reseteada» tiene sus ventajas. —Se puso serio de repente y se disculpó. Pensó que me había ofendido con su comentario, cuando en realidad sucedió todo lo contrario: me causó mucha gracia.

—Reseteada de fábrica, como un *smartphone.* —Le seguí la corriente para que se relajara—. Hablando de teléfonos, debo llamar a mis padres. Nos vemos más tarde.

Tuve que alejarme del bullicio y la música para poder hablar con mi familia. Había poca señal, solo se estabilizaba en algunos metros cuadrados. Me acerqué a la furgoneta de Luna, recordando que en la tarde ella consiguió señal allí dentro. Efectivamente, la llamada cayó enseguida.

—¡Mima, soy yo!

—*¡Hola, mi amor! ¿Todo está bien?*

—Sí, ¡es una belleza el desierto! No es lo mismo verlo desde la carretera que adentrarte en él. Las dunas, los cactus, las palmeras… ¡Hasta las tortugas salieron a saludarme!

—*Ten cuidado con esos bichos; he oído que son poco sociables.*

—¡Ay, no, son súper tiernas! Solo salen cuando sienten calor. Y los muchachos son increíbles también —dije mientras los miraba de lejos. Todavía estaban en la ardua labor de armar el circo —. ¡Ahora me llaman Loto!

—*¿Loto? ¡Qué nombre tan feo! Parece de hombre*. —Me hizo reír.

—¡Mamá, Loto es una flor!

—*Igual, está feo… Si en un día te cambiaron el nombre, me imagino que dentro de un año no voy a reconocerte.* —Este comentario sí me molestó.

—No hables así. Sabes que en el fondo siempre seré yo, la hija que criaste y educaste. Podré perder la memoria, el nombre, la vida… pero jamás olvidaré a mi familia. —No quería ponerme sentimental, así que cambié el tema—. Dime de ustedes. ¿Cómo pasaron el día?

—Tranquilos. Tu padre está… ¡Ay, Dios, se me olvidaba! No es para menos… entre las tortugas del desierto y la flor de loto, olvidé comentarte lo más importante.

—¿Qué pasó? ¿Mi papá está bien?

—Sí, tranquila, no es nada malo. Es que la policía vino hoy.

—¿Qué?

—Encontraron el bolso que perdiste el día del accidente.

—¿Mi bolso? —Me estremecí al escucharla—. ¿Y mis pertenencias?

—Bueno, tal como sospechábamos, alguien lo robó ese día. No sé cómo hay personas capaces de aprovecharse de la desgracia ajena…

—Mima, ya pasó. —Solo me interesaba saber si estaba vacío o no—. Respóndeme lo que te pregunté.

—Nada más aparecieron tus documentos de identidad.

Cuando colgué el teléfono me quedó una sensación de vacío que no podía comprender. No recordaba por qué exactamente, pero desde que desperté en el hospital, me obsesioné con el bolso perdido, como si dentro de él estuviesen las piezas faltantes del rompecabezas en que se transformó mi vida.

Capítulo 10

La llamada a casa me afectó lo suficiente como para dejar todo mi cuerpo temblando. Todavía no me recomponía cuando escuché el tintineo de la bisutería de Luna acercándose. Intenté disimular lo mejor que pude; la pobre ya se había preocupado bastante con el susto de la tarde.

—¿Qué haces solita aquí?

—Estaba hablando con mi mamá. ¿Tienes una antena o algo similar ahí adentro? —Quise hacer un chiste para que no notara mi estado—. La señal es mucho mejor cerca de la furgoneta.

—Es su energía —susurró—, la misma que hizo que te desmayaras hoy.

—¿Eh? —Me ericé de pies a cabeza. Al parecer hablaba en serio.

—¡Estoy bromeando, boba! —Debí poner una cara muy estúpida, porque Luna se rio con ganas—. Ya conozco estos rumbos de memoria y siempre estaciono donde la señal es más estable.

—¡Oh, ya veo!

—¿Estás segura de que estás bien?

—Eh… creo que sí.

—Entremos a hablar un rato. Los muchachos no terminarán por ahora; levantar esos armatostes roba tiempo.

Acabamos en el techo de la furgoneta. Me advirtió que subiera con cuidado por la escalerilla lateral, y enseguida me di cuenta de que no intentaba protegerme a mí, sino a su consentida. Agarramos unos almohadones y nos recostamos boca arriba. El cielo parecía una cúpula de cristal adornada con diamantes; no había luna, pero se sentía su presencia. Me dio la impresión de que hasta el ruido se disipó. Pocas veces sentí semejante calma, al menos que yo recordara.

—¿Quieres uno? —preguntó la gitana mientras encendía un cigarrillo.

—No fumo, gracias.

—¿Por?

—Hace daño… supongo.

—Me parece que estoy hablando con Sákura, es la única del grupo que no fuma. ¡Ya tiene una compañera de drama! —Reímos—. En fin, a lo que vinimos, cuéntame más sobre ti. Quiero conocer tu historia.

—Mi memoria no ayuda mucho, pero haré el intento. ¿Qué quieres saber específicamente?

—¡Todo! Empieza desde el principio.

—Vale… —Me aclaré la garganta antes de continuar—. Nací en Ohio. Cuando cumplí nueve años nos mudamos a Arizona. Mi abuelo murió al año siguiente y mi padre se culpa por ello hasta el día de hoy. Mi abuela se fue a vivir a Kentucky con la familia de mi tío y la casa de Ohio se vendió. El dinero se dividió y se esfumó. Nunca pasamos hambre, pero tuvimos que limitarnos con muchas cosas. Recuerdo las quejas constantes de mamá, la frustración de mi padre… Fabio, mi hermano, sufría nuestra situación económica más que yo; era un adolescente y comprendía lo que estaba pasando. En cambio, para mí, era algo sin importancia, una crisis pasajera que todas las familias atraviesan en algún momento. Fabio empezó a trabajar legalmente a los dieciséis, aunque, desde que tengo uso de razón, ayudaba a mi padre. A veces yo quería jugar con él, pero siempre estaba ocupado. Siento que su niñez se le fue como agua de las manos. Conoció a una

chica cuando comenzó la universidad. Ella quedó embarazada a los diecinueve años, así que decidieron casarse. A pesar de la inexperiencia, de la economía limitada, de los comentarios estúpidos de la gente y de todos los pronósticos en su contra, fueron un matrimonio feliz, porque estaban enamorados. Cuando nació Olivia, yo tenía doce años. Es uno de los recuerdos más nítidos en mi memoria…

—Tu memoria, ¿eh? Para tenerla jodida, siento que recuerdas bastante. Es muy coherente todo lo que has dicho hasta ahora.

—Esa época permanece intacta. En cambio, momentos mucho más recientes, están revueltos aquí dentro —dije, señalando mi cabeza—, como los cuadros de Sheeta. Es la representación más precisa de lo que me está pasando… y es frustrante, ¿sabes?

—No te pongas sentimental, sigue con tu historia. —Por primera vez Luna se comportaba indiferente ante mis emociones—. Te ayudaré a descifrar ciertas cosas. —Ya luego me di cuenta de que solo intentaba ayudar, y para eso necesitaba saber.

Yo tenía la mirada clavada en la cúpula salpicada de diamantes. Era una noche hermosa: a los lejos se escuchaban las voces indistintas de los chicos, el crepitar de la leña, la música melancólica que reservaban para las últimas horas del día… Me encontraba en el techo de la furgoneta más bonita del país, intentando acceder a mis recuerdos para compartirlos con la hermana mística de mi novio. Si en medio de aquella paz no se me aclaraban ciertas cosas, las esperanzas de recuperarlas en otro momento serían casi nulas.

Sentí un temor irracional, que me bloqueó más todavía. Hice un esfuerzo sobrehumano para no demostrarlo, pero Luna tenía ese don de discernir los estados de ánimo y tomó mi mano.

—No sé si sea capaz… —dije con voz temblorosa.

—Tranquila, estoy aquí. Solo deja que fluya; no intentes pensar. Cierra los ojos. —Obedecí—. Ahora vuelve a los recuerdos de tu infancia… y cuando llegues al accidente, sigue hablando, como si recordaras lo que viene a continuación, como si nunca se hubiese borrado, ¿entiendes?

—De acuerdo, lo intentaré… —Seguí sus instrucciones lo mejor que pude, y cuando llegué a la parte que nos interesaba, mi mente se cerró de nuevo; estaba predispuesta—. ¡Qué va, esto no va a funcionar! —Intenté reincorporarme; acto seguido Luna apretó mi mano levemente. Una fuerza sobrenatural me devolvió hacia mi posición anterior, con la diferencia de que ahora sentía que estaba pegada al techo del auto, sin poder moverme—. Esto… es…

—Shhh. Solo retrocede un poco en la historia. No intentes recordar, déjala fluir…

—Me despertó una pesadilla horrible —continué—. Mi sobrina estaba en mi habitación lista para elegir la ropa que usaría ese día. Se puso nerviosa por mis gritos y fue a buscarme un vaso con agua. Miré el reloj y era casi la misma hora que en mi sueño… Eso me puso paranoica, pero luego entré en pánico cuando escuché una voz mientras me duchaba rememorando la pesadilla. Alguien gritaba: «¡Taylor, frena!». Era una voz femenina, muy familiar… Luego me fui a trabajar, estaba contrariada, tenía miedo. La pesadilla me afectó tanto que todos mis compañeros lo notaron. Más tarde, en la cafetería, me sentí muy ofuscada por la carga de trabajo; era día de Acción de Gracias. Una caravana de motos y una furgoneta *hippie* llegaron casi juntas. Conocí a un chico pedante, que se comportó como un típico machista, incluso me dejó su número de teléfono. Salí de la cafetería, me fui a casa y, a los tres días, desperté en el hospital.

—Muy bien. Lo estás haciendo genial. ¿Qué sucedió entonces?

—Conocí a Taylor… en la vida real… —murmuré avergonzada. Aunque era una locura lo que acababa de decir, Luna no pareció sorprendida—. Por suerte no me mató ese día, estaría preso ahora. —Forcé una sonrisa.

—Alexandra, necesito que te concentres. Hay detalles de ese sueño que estás pasando por alto.

Y no solo del sueño, también de ese día. —Aproximó su rostro al mío, como si intentara mirar a través de mis ojos.

—¿A qué te refieres?

—La voz femenina que escuchaste… piensa en esa voz; dijiste que te resultaba familiar…

—Hoy, cuando me hablaste por primera vez, confundí esa voz con la tuya. Ahora podría decir que me resulta familiar, no en aquel momento, porque no te conocía. Quizás te conocí en otra vida —volví a sonreír, nerviosa—, aunque eso es imposible…

—¿Quién dice que lo es? No sabemos nada, ni siquiera podemos asegurar que estamos sentadas aquí ahora mismo. —Sentí un escalofrío cuando pronunció esas palabras—. Hay mucho más escondido delante de nuestros ojos de lo que podemos imaginar. Puede que esa voz sea tan compleja como un recuerdo de otra vida o tan simple como una creación de tu subconsciente… Nunca lo sabremos… a menos que…

—¿A menos…?

—Olvídalo, a veces me pongo muy filosófica. Taylor odia las metáforas.

Encendió un segundo cigarrillo y clavó la vista en las llamas de la fogata que ardía a unos metros. Se veía tan hermosa, tan inmersa en todo a su alrededor, tan conectada con la realidad, como si ella y el mundo fueran uno solo.

—Ojalá algún día pueda ser como tú —dije, con un asomo de tristeza en la voz—. Por ahora solo puedo darte la razón: nunca podré entender algo que ni siquiera estoy segura si sucedió.

—Alexandra, estoy intentando ayudarte a acceder a esos recuerdos ¡y me sales con esto! ¿En serio te rendirás, así sin más?

—Es que no sé si quiero…

—¡Basta! —interrumpió con firmeza—. Sabes mejor que nadie que tu vida cambió después del accidente. —Permaneció en silencio durante un par de segundos y luego volvió a hablarme en un tono más suave—. ¿Qué más recuerdas?

—Hubiese jurado por todo lo sagrado que debía comprar el regalo de mis amigos. De hecho, hoy antes de salir de casa mi sobrina me confirmó que le hablé de eso ese día, sin embargo, cuando desperté en el hospital habían pasado tres meses desde la boda. Todo es una locura, y mi familia se niega a darme respuestas.

—Debe ser frustrante —asentí—. ¿Por qué das por hecho que el chico de la cafetería era Taylor?

—Siento que era él. Además, escribió su nombre en ese pedazo de papel… Si al menos no hubiera perdido mi cartera podría demostrar que no fue un sueño.

—No tienes que demostrarme nada, te creo.

—Lo sé, es a mí a quien debo convencer. —Comenzaba a entender la causa de mi obsesión hacia el bolso robado—. La caravana, lo que sentí cuando los vi llegar a la cafetería, el recuerdo de Taylor coqueteando conmigo, el ruido de las motos, la furgoneta… Algo tan claro no pudo ser un invento de mi mente, aunque no exista una explicación racional.

—Mencionaste que te dejó su número de teléfono. ¿Intentaste llamarlo?

—Así es… Es decir, no… —Arrugué los ojos en un intento inútil de concentración—. Disculpa, esto es muy confuso. El día del accidente fue el más raro de toda mi vida, pero todos dicen que nunca pasó, al menos no como yo lo recuerdo. Nada de lo que había en mi memoria cuando desperté se ajustaba a la realidad. Recuerdo que, después de conocer a ese chico en la cafetería, me pareció demasiada coincidencia el detalle de su nombre, por esa razón marqué su número insistentemente esa misma tarde. Me sentí frustrada porque no me respondió. Luego creo que me fui a casa, no estoy segura… —Mi rostro estaba tan turbado como mi alma—. Al día

siguiente tuve una plática incómoda con mis padres, recuerdo el péndulo del reloj de pared, la sensación de frialdad insoportable calando hasta mis huesos, las luces en la sala del hospital San Bernardino… Son solo retazos, Luna, pedazos de algo que no tienen sentido si no se unen.

—Tienen más sentido de lo que imaginas. Taylor es la prueba de ello.

—No, no lo es… No me explico cómo pude mencionarlo mientras estaba inconsciente. ¿Cómo es posible? Soñé con su nombre en la víspera de Acción de Gracias; lo conocí en la cafetería que él jura no haber visitado nunca; leí su nota en un pedazo de papel… Sin embargo, lo único que es real es que chocó mi auto y por eso se cruzaron nuestros caminos. ¿Acaso hay una explicación para esto? ¿Por qué siento que me estoy volviendo loca?

—Te dije el por qué esta misma tarde —La gitana tenía un gesto de compasión en el rostro—, y lo repetiré las veces que sean necesarias: «Debemos trascender para ver la realidad que se expande detrás de las ilusiones».

Capítulo 11

Cuatro meses antes. Hospital San Bernardino.

—Alexandra, tienes visita.

—¿Es Taylor? —pregunté, ilusionada como una niña que está a punto de recibir un regalo de cumpleaños. La enfermera hizo un gesto gracioso y me sentí avergonzada—. Es que me dijo que vendría hoy.

—No es Taylor… pero… —Demoró sus palabras para aumentar mi ansiedad.

—¿Pero, qué? —Era obvio que mi actitud infantil la divertía.

—Me llamó hace unos minutos. Dice que vendrá más tarde. No te preocupes que estoy de guardia hoy; lo dejaré entrar. Te ha hecho muy bien su compañía en el proceso de recuperación.

—Sí, nos hemos hecho buenos amigos.

—¿Amigos? —Sonreí con picardía—. ¡Que los compre quien no los conozca! Confiesa, ¿ya te dijo algo?

—Ayer nos besamos —susurré con cara de tonta enamorada y ella dio un brinco de alegría—. ¡No les digas a mis padres! ¡Y menos a Fabio!

—¡Ay, por Dios! ¡Fabio! ¡Está allá abajo! Lo olvidé por estar en el chisme. Voy a avisarle que puede subir. —Antes de salir volteó con una sonrisa de oreja a oreja—. Me alegro mucho por ti, Ale, se nota que Taylor es un buen chico.

—¡Gracias, Mila! Gracias doble por dejarlo entrar fuera de horario.

Me guiñó un ojo y salió corriendo a buscar a mi hermano. Mila era un amor. Durante su turno, Taylor y yo teníamos tiempo de visita ilimitado. La conquistó con un cactus parecido al mío y unos pastelitos de guayaba que le compraba en el *boulevard* cada vez que iba a verme.

Nunca imaginé que él hablaba en serio. Pensé que a la semana de estar en el pueblo se aburriría y se iría, pero llevaba dos meses hospedado en ese hotel, acompañándome en mi proceso. Jamás encontró las respuestas que estaba buscando. En cambio, encontró otras que ni siquiera se había planteado.

La curiosidad que despertó mi sueño y el hecho inexplicable de que hubiese mencionado su nombre cuando estaba inconsciente, pasó a un segundo plano. Últimamente ya ni hablábamos de eso, más que todo porque mi cerebro era un caos que ni yo misma podía comprender.

Nos fuimos conociendo y cada vez se hacía más evidente que sentíamos atracción el uno por el otro. Me gustaba su físico... demasiado, diría yo. Tenía los ojos oscuros y misteriosos; la sombra de su barba incipiente hacía que se viera mucho más interesante, y una vez hasta le pedí que se la dejara. Tenía el cabello tan negro como sus ojos, atado en una coleta que le llegaba casi a la mitad de la espalda; no era muy alto, pero con que lo fuera más que yo bastaba. ¡Sí, me encantaba!

Sin embargo, solo me fijé en su físico después de varias pláticas. Taylor es de los hombres que entre más te hablan, más te convencen. Me gustaba como pensaba, su visión del mundo… Era un pacifista por naturaleza. Nunca mostró apego al dinero ni a las cosas materiales. Las ganancias por sus acciones en el negocio familiar las dividía a la mitad: guardaba cincuenta por ciento para su futura familia y el resto, para sus padres, que aunque ganaban más que él, lo educaron de esa manera. Solía decir que si no hubiese sido por el sacrificio de ellos, él no habría conseguido nada

en la vida, y que esos ahorros eran la garantía de que sus viejos tuvieran una vejez sin carencias. No dejaba que le enviaran dinero, excepto en situaciones extremas. Prefería trabajar duro, e incluso pedir donaciones voluntarias, antes que tocar su capital. Me pareció exagerado, pero luego me puse en su lugar. No sería justo gastar en sus propios caprichos un dinero que su familia podría necesitar en el futuro. Además, tampoco sería capaz de ver a los demás trabajando mientras él resuelve sus problemas llamando a mami y papi. Si decidió ser uno de ellos, viviría como ellos. Lo único que atesoraba era su linda moto, adornada con la cabeza de un león.

Todo en él me atraía. Su existencia era la representación más genuina de la libertad, de la aventura, del slogan de su gente: *«peace & love»*.

Un día, sin muchos rodeos, confesó que me extrañaba durante las noches, que las horas que compartíamos eran muy efímeras, que tenía ganas de dormir abrazado a mí… Yo sentía exactamente lo mismo. Ni siquiera estábamos pensando en sexo, solo queríamos pasar más tiempo juntos. Para esas alturas hasta me aparecía en sus sueños. Yo, en cambio, nunca tuve la suerte de verlo mientras dormía, pues perdí la habilidad de soñar después del accidente. El último sueño, o en todo caso, la última pesadilla que recordaba era la del día de Acción de Gracias, y ni siquiera estaba segura de si había un sueño o un recuerdo.

Cuando Fabio entró en la habitación, yo tenía la vista perdida en el campo de golf que ocupaba la parte trasera del hospital. Después de dos meses de encierro, sentía unas ganas irresistibles de salir, de correr, de golpear una de esas pelotitas, aunque fuera con el pie. Quería estar allí afuera, pero con Taylor. Él nunca se iba de mi mente.

Mi hermano siempre me llevaba algún detalle. En esa ocasión se apareció con un ramo de tulipanes, las flores preferidas de todas las mujeres de nuestra familia.

—Ya pronto saldrás de aquí. —Casi leyó mis pensamientos, y su voz hizo que me sobresaltara —. Te traje flores para que no olvides cómo lucen.

—¡Fabio, están preciosas!

Me alegraba la vida el simple hecho de verlo parado frente a mí. Había pasado por mucho y aun así no dejaba de sonreír. Cuando Katie murió, el mundo se le vino encima: su primera novia, su primer amor, su primera esposa, su primer dolor… Lo escuché decir que, si el amor dolía de esa manera, ya no lo quería. Olivia apenas tenía dos añitos y fue quien lo salvó de la locura. Se aferró a esa pequeña como un náufrago a un madero. Solo tenía ojos y cabeza para ella, hasta que conoció a Camila, la nueva pediatra de la niña. La ética de la doctora no los dejó avanzar en su relación hasta mucho tiempo después, aunque definitivamente mi hermano sonrió de nuevo cuando ella se cruzó en su camino. Merecía volver a ser feliz

—¡Qué bueno que te gustaron! Me encanta consentir a mi princesa favorita.

—¡Mentiroso! —repliqué—. Primero está Olivia, después Camila y yo soy la última de tu lista, y eso que fui la primera que conociste. —Siempre lo mortificaba con esa perorata.

—Después de mamá, tú siempre serás la primera mujer de mi vida.

—Técnicamente sigo en segunda posición, pero a mamá le concedo el honor.

—Ella es indestronable. ¡Mi vieja loca! —Sonrió al mencionarla y yo me contagié. Pensar en nuestros padres nos devolvía a la infancia inmediatamente—. Está un poco triste, ¿sabes?

—¿Mamá triste? —Era demasiado raro que mi madre estuviera con los ánimos caídos.

—Pues sí, desde que le dije que me mudaría es otra persona.

—¿Qué? Espera, ¿están seguros de que solo llevo dos meses internada? ¿De qué me perdí?

—Nada, Ale, tengo que deshacerme de esa casa. —El rostro de mi hermano se apagó de repente—. Los recuerdos de Katie no se irán nunca; Olivia tiene razón.

—Ya veo… Al parecer estoy en quinto lugar, olvidaba que Katie está en esa lista también. —

Fue una broma un poco fuera de lugar, sin embargo, mi hermano me dio la razón.

—Ella no se irá nunca, ni de la casa ni de mis sueños…

—¿Todavía sueñas con ella?

—Casi todas las noches. Me siento terrible por eso, pero no es algo que pueda controlar. Camila lo sabe, porque me he despertado varias veces gritando su nombre.

—¡Ay, hermanito! No tenía ni idea.

—A veces me pregunto qué tan reales serán mis sueños. Es decir, debe haber alguna conexión entre ambos mundos, porque se sienten tan vívidos que no quiero despertar. Luce tan hermosa, tan cálida, tan llena de vida… No estaba listo para perderla, y mucho menos para vivir sin ella…

Fabio empezó a llorar allí mismo. Nunca lo había visto tan consternado. Como su confesión me tomó por sorpresa, no supe cómo reaccionar. Por poco me caigo de la cama cuando intenté levantarme a abrazarlo. Le extendí los brazos para que se acercara y se acurrucó a mi lado cual criatura indefensa. Yo lo veía tan feliz con su nueva esposa y familia, que jamás imaginé que estaba pasando por semejante martirio.

—¿Crees que los sueños…? —Mi voz interrumpió el silencio que precedió a sus últimos sollozos.

—No sé nada, Alexandra, solo sé lo que siento cuando sueño con ella.

—Me he hecho esa pregunta un millón de veces durante los dos últimos meses.

—¿Qué pregunta?

—Si existe alguna conexión entre los dos mundos. ¿Qué separa los sueños de la realidad? ¿Cómo supe el nombre de Taylor? ¿Cómo supe de la caravana de motoristas y de la furgoneta del arcoíris…? No sé si lo soñé, si lo recuerda mi subconsciente, si lo viví en otra vida… ¡No entiendo nada Fabio, y ustedes siguen sin decirme qué pasó!

—Técnicamente no es «una pregunta», son unas cuantas. Y no, aunque queramos no podemos ayudarte. —Se sentó de nuevo en la silla ubicada frente a mi cama y me habló mirándome a los ojos—. El terapeuta nos prohibió darte pistas. Según él, debes resolverlo tú sola. Cuando lo hagas, encontrarás el camino de regreso.

Tenía entendido que las personas con problemas de memoria se beneficiaban del apoyo de familiares y amigos cercanos en el proceso de recuperación, pero, al parecer, el terapeuta quería confirmar algunas teorías relacionadas con mi caso. El día que desperté en el hospital, él estaba del otro lado de la habitación, acechando desde las sombras. No me hizo ninguna pregunta, solo vio cómo reaccioné, las cosas que dije, el orden «ilógico» de los sucesos que estaban en mi mente… Me di cuenta de que tomó notas en silencio y posteriormente, durante mis sesiones de terapia, recurrió a su cuaderno en más de una ocasión. Recuerdo que una vez me dijo: «Entre más lo fuerces, más te alejarás de la verdad». Llegó a convencerme de que no necesitaba recordar. Pero todo cambió cuando conocí a Luna.

Capítulo 12

—¿A qué te refieres con trascender, Luna? —Yo tiritaba de frío, en cambio, ella estaba como si nada—. No entiendo las metáforas, solo hacen que me confunda más todavía.

—No estoy hablando en sentido figurado…

—¡Chicas! —Taylor interrumpió nuestra plática—. ¿Qué tanto hablan? ¡Ah, no están aquí! —dijo al ver la furgoneta vacía. Escuchaba nuestras voces, pero no se dio cuenta de que estábamos sobre el auto.

—¡Aquí arriba! ¡Sube! ¡Y ten cuidado con la pintura!

—Tranquila, prefiero lanzarme de un avión sin paracaídas, que rayarte la furgo. —Cuando llegó arriba, el auto se tambaleó y Luna pareció arrepentirse de invitarlo a subir—. ¡Mi amor, estás temblando! —Enseguida notó que yo estaba al borde de la hipotermia. Se sentó detrás de mí para abrazarme y frotó sus manos por las partes descubiertas de mi cuerpo. Dejé de temblar, aunque seguía sintiendo frío—. ¿Quieres bajar? —Negué con la cabeza—. Bueno, al menos ponte mi chaqueta.

—Jum, creo que sobra alguien aquí arriba —bromeó Luna—. ¡Disfruten, tortolitos! Mañana seguimos hablando; estoy cansada.

La gitana dijo que iría a dormir. Sin embargo, la vi encaminarse hacia la fogata. Los demás continuaban contando historias y compartiendo tragos. Sentí ganas de acompañarlos un rato más, pero sentía que la cabeza me daba vueltas.

Tuve la extraña sensación de que en realidad no estaba allí, que lo estaba viendo todo a través de una ventana o de una pantalla gigante. Ese día fue muy intenso: salí de mi casa, conocí a los chicos, tuve el peor *flashback* desde que ocurrió el accidente, creí reconocer la voz de Luna, más tarde mi madre me dio la noticia de que había aparecido mi bolso… ¡Mucha información para procesar en apenas unas horas!

Antes de salir de casa, Olivia me dijo algo que cambiaba todo: «Hablamos de esto, sí lo soñaste antes de que sucediera…». No fui capaz de continuar interrogando a mi sobrina y quise justificar mi actitud con el hecho de que Taylor llegaría en cualquier momento. Sin embargo, aunque lo intenté, no pude engañarme a mí misma: la verdad es que sentí pánico de hacerle frente al pasado.

La chaqueta de Taylor tenía un olor leve a gasolina mezclada con su perfume. Me volvía loca ese aroma. Me incorporé para sentarme de frente a él, cruzando las piernas por encima de sus muslos. Lo miré durante unos segundos, antes de besarlo como si fuese la última vez.

—Traigo una casa de campaña individual… digo, después de ese beso lo mejor que hacemos es no dormir con el grupo. —Me hizo reír, pero tenía razón.

—Besarte me hace olvidar el mundo. Me olvido incluso de mí.

—¡Shhh! Calla, me vas a hacer pecar sobre el auto de mi hermana.

—¿Qué importa, si a lo mejor ni siquiera estamos aquí?

—Ya sé que ahora mismo se siente como si estuviéramos solos sobre la faz de la Tierra, pero hay más personas. Mira —Señaló al grupo—, están por allí… ¡Se ve todo, Alexandra! —Rio con picardía—. Mejor nos calmamos y armamos mi casita, ¿qué me dices?

Taylor no entendió a qué me refería, no podía hacerlo. Es que ni yo misma lo comprendía. Fue

una sensación irracional. ¡Por supuesto que estábamos allí! Pero después de escuchar la voz hipnótica de Luna, de mirar sus ojos oscuros salpicados de diamantes como el mismísimo firmamento, después de sentir la energía que emana de su alma, terminé cuestionándome dónde acaba la realidad y comienzan las ilusiones. *«Debemos trascender para verlo»*. Escuché el susurro, arrastrado por el viento, y justo en ese instante comencé a temblar de nuevo.

—Bajemos, tengo mucho frío.

—¡No hace frío! ¡Al contrario, me ha dado calor!

—Ese es otro tipo de calor, y el mío es otro tipo de frío… La buena noticia es que ambos pueden resolverse en tu casita. Armémosla, a ver qué pasa.

Bajamos con cuidado para evitar un regaño de Luna. Taylor fue primero y yo lo seguí. Bajé de espalda, sosteniéndome de la escalerilla. Sentí sus manos cálidas acariciándome los muslos, mientras me besaba la cadera. Bajé un poco más y él subió otro poco. Entró una mano por debajo de la chaqueta, pero su intención no era manosear mi suéter, así que deslizó la cremallera y siguió buscando mi piel debajo de ese montón de tela. Sentí sus latidos, su respiración, sus deseos… Me tenía abrazada por la espalda, me olió el cuello y luego lo besó varias veces. Sus manos seguían en contacto con mi piel. Volteé y lo besé en la boca mientras lo abrazaba. Los dos moríamos de ganas, así que no esperamos a armar la casita de campaña. Taylor le pasó un texto a Luna para que no se apareciera por allí y nos encerramos en la furgoneta. Media hora después, ni yo me acordaba del frío, ni él del calor.

—Eres hermosa, Alexandra. Me encanta tu cuerpo. —Yo tenía la mirada fija en el techo de la furgo y él estaba bocabajo, con la cabeza recostada sobre mi pecho desnudo—. Me encanta tu rostro, tu cabello… tus pies… —En ese momento me los acarició con los suyos—. ¡Me encantas, Loto!

—Y a mí me encanta que me llames Loto, me hace sentir especialmente tuya.

—¿Eres mía? —Noté que se emocionó cuando le dije eso.

—Al menos la parte que conozco de mí te pertenece.

Eran cerca de las dos de la mañana, pero perdimos el sueño. Probablemente los chicos iban a amanecer haciendo cuentos. Me preguntaba si no se aburrían de las mismas historias; más tarde comprendí que cuando vives en las carreteras, siempre hay aventuras nuevas que compartir cada noche. Decidimos incorporarnos al grupo, porque era obvio que la algarabía no nos dejaría dormir, aunque quisiéramos.

—Ponte mi chaqueta de nuevo, a esta hora hace más frialdad.

Taylor tenía razón, en el desierto baja mucho la temperatura durante la madrugada, aunque la única que parecía notarlo era yo. Todos continuaban allí afuera como si estuviesen en una playa del caribe. Es cierto que había una fogata, aun así, la insensibilidad térmica de esos chicos me volaba la cabeza.

—¡Listo! ¡Mucho mejor!

—¡Increíble! —Mi novio me miraba boquiabierto, como si me hubiese puesto un vestido de novia—. No me había fijado antes por la oscuridad… ¡Te ves demasiado sexy vestida así!

—Que va, es una talla más…

No pude terminar la frase. Cuando volteé hacia el retrovisor de la furgoneta, me quedé muda, con la misma expresión de asombro que hizo Taylor unos segundos antes.

—Te lo dije, ¡te ves hermosa!

—Es… es mi chaqueta… —Apenas me salió la voz—, la que usaba ese día… Taylor, ¿esta chaqueta era mía?

Capítulo 13

¿Qué son los recuerdos? Me he hecho la misma pregunta desde que no puedo acceder a los míos como quisiera. Se supone que se van desvaneciendo en la medida que te alejas de ellos, que se vuelven más fríos, más irreales, menos importantes… Sí, hay recuerdos que intentamos dejar enterrados en el pasado. Sin embargo, hay otros a los que nos aferramos, porque llega el momento en que son lo único que nos queda. Hay personas que solo existen en nuestros recuerdos, y momentos que solo se repiten cuando pensamos en ellos. Me pregunto: ¿qué tan reales son? ¿qué tan reales fueron? Justo entonces te entra la duda: «¿lo viví o lo soñé?». ¿Y los sueños? ¿Qué son? Hasta mis sueños parecen de alguien más. Quizás los arrastro de otras vidas, porque en esta también perdí la capacidad de soñar. Lo único que puedo asegurar es que aún me persiguen. ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Por qué motivo sus ecos siguen resonando en este caracol vacío que tengo sobre los hombros? Miro y no consigo ver, solo escucho las olas golpeando las rocas. ¿Será verdad que las caracolas contienen el ruido del océano? Yo creo que sí. Es lo único que parece real cuando intento pensar… Ecos… Un murmullo indescifrable que trasciende los dos mundos, una pregunta tambaleándose sobre la línea que los divide, como un ciego sobre una cuerda floja. Mientras tanto, la duda solo crece: «¿recuerdos o sueños?». Sé que la respuesta está ante mis ojos, sin embargo, miro y no la veo.

Me acordé de algo, pero como siempre, no estaba segura si era real. El día que Taylor mencionó la feria en el condado de Kern, estuve casi convencida de que me perdí por allá en una ocasión. Esta vez fueron flashazos mucho más vívidos que antes.

Al verme con esa chaqueta en el pequeño espejito de la furgoneta de Luna, recordé la ropa con la que salí de casa aquel día. Acto seguido sentí un escalofrío. Fue como pasar de una dimensión a otra sin darme cuenta.

De repente ya no estaba en el campamento de los *hippies*, sino en mi habitación, de pie frente al espejo vertical donde se reflejaba todo mi cuerpo. Llevaba un suéter gris con cuello de tortuga, un pantalón de mezclilla y unas botas a media pierna. Me quedé mirando por unos segundos mis propios ojos reflejados en el cristal: ya no eran tristes como los recordaba. Me veía tan distinta: tenía un brillo diferente en la mirada, como si me hubiesen cambiado los iris opacos que usé durante años por un par de zafiros. Siempre me gustó el color de mis ojos, pero en esa ocasión me encantó más todavía: azul profundo y desafiante como el mismísimo océano.

Me acomodé el cabello a un costado. Los mechones cobrizos cayeron sobre mis hombros y terminé de darle forma, enredándolos entre mis dedos. La Alexandra que estaba frente a mí se veía muy segura de sí misma. Elegí un labial oscuro y le agregué un cinturón a mi atuendo para pronunciar mi cintura. Me sentí hermosa, interesante, feliz…

Sonreí por las tonterías que me estaban pasando por la cabeza. Nunca me había detenido a observarme de esa manera, pero definitivamente me favorecía esa dosis de autoestima que me invadió de repente.

Antes de bajar las escaleras, volví a entrar a mi habitación, ¡por poco se me queda la chaqueta! Me la coloqué y giré otra vez hacia el espejo: *«Me encanta, me queda hermosa»*. Alguien me la regaló el día de mi cumpleaños y esa era la primera vez que la usaba.

En el próximo fragmento de ese recuerdo, ya era de noche y me vi hablando con un señor. Le

pregunté si la tienda de la gasolinera estaba abierta. Quería comprar algo… un regalo. Luego sentí mucho frío, debí olvidar mi chaqueta en el trabajo. Ni siquiera llevaba mi suéter gris, sino una blusa naranja de lunares… aunque… no sé… creo que tampoco eran los mismos zapatos, ni el pantalón con el que salí esa mañana… ¡Qué difícil! ¡Era tan confuso todo…! *«Concéntrate de nuevo, Alexandra. Estás muy cerca»*. Fabio llegó unos minutos después y regresamos a casa.

—¿Ale, estás bien? —Cuando volví en mí, solo habían pasado unos segundos. Estaba reclinada sobre Taylor y él me sostenía como si hubiese estado a punto de caer—. De repente te quedaste en blanco. Creo que el día de hoy ha sido agotador.

—Disculpa, tienes razón. Me he esforzado demasiado. —Me sentía sofocada—. Lion, creo que recordé algo —dije con la voz temblorosa.

—Eso pensé. Dijiste algo sobre la chaqueta. —Instintivamente acaricié la prenda con la punta de los dedos—. ¿Tiene que ver con eso?

—Sí. El día que me perdí en Kern, salí con mi chaqueta de cuero y regresé con otra ropa. Esa noche volví a casa con mi hermano, sin embargo, Olivia asegura que llamaron para avisarles del accidente.

—¡Dios mío, Ale! Es evidente que estás confundida. ¿Por qué no dejas de pensar por hoy? Intenta descansar.

—Mañana hablaré con Luna, me ayudó mucho esta noche. Me pidió que dejara fluir los recuerdos y creo que está funcionando. Cuando estábamos en el techo de la furgoneta, pude seguir una secuencia lógica de lo que sucedió ese día, y ahora mismo acaba de pasar de nuevo. Aún me confundo, los hechos se bifurcan, se mezclan… No sé, tengo la sensación de que tu hermana es la única que puede ayudarme a ponerlos en orden.

—Mi amor, ven, siéntate un segundo. —Nos acomodamos como pudimos en los escalones de la furgoneta—. Entiendo que quieras saber lo que sucedió, sé que es difícil vivir con tantas dudas, pero, nena, no dejes que eso te atormente de nuevo. Han pasado meses, estamos aquí finalmente… ¿Acaso no era esto lo que querías, una bonita aventura al lado de un *hippie* medio sonado que se muere por ti?

Sonreí, Taylor tenía razón.

En ese momento me di cuenta de que estaba siendo demasiado egoísta. Todo giraba en torno a mí desde que tuvimos el accidente, pero a él nadie le preguntó siquiera cómo se sentía. Quizás ese mismo día juró protegerme por haberme puesto al borde de la muerte. Por eso no se fue del pueblo… ni de mi vida. Puede que la culpa lo torture noche tras noche; o tal vez jamás consiga sostenerle la mirada a mi padre, quien aún no lo perdona por lo que pasó… Muchas interrogantes alrededor de Lion. Interrogantes que tampoco tienen respuesta, porque nadie se ha dignado a preguntarle.

—Es cierto, mi vida, perdóname. ¡Claro que quiero estar aquí! ¡Quiero estar a tu lado! —Me entraron ganas de llorar, pero las contuve—. No hablaré más del accidente, lo prometo. No voy a permitir que me controle, no ahora que empiezo a superarlo. —Me besó despacio, como para convencerse de que su mujer estaba de vuelta—. Mañana comienza nuestra historia juntos en la carretera; empecemos de cero.

—¡Te quiero, Ale! Estaré aquí siempre, ¿sabías?

—Lo sé, no tienes a dónde ir —bromeé.

—Sí tengo a dónde ir, aun así, elegí estar contigo. En cambio, tú… —Todavía me echaba en cara lo que le dije aquella vez cuando me preguntó si lo esperaría aunque tuviese otra opción.

—¡Cómo se nota que no me conocías en aquel entonces!

—Apenas te había visto dos o tres veces, pero me dejaste claro que no era tan importante para

ti… Te habrías ido a la primera oportunidad.

—Lion, te hubiese esperado por años, y si no regresabas, habría salido a buscarte. Y si no te encontraba, iba a morir de tristeza. ¿No te diste cuenta de que estaba mintiendo ese día? Me hacía la difícil, no quería que pensaras…

Me hizo callar con un beso, de esos que solo he probado en sus labios. Era adictiva mi atracción hacia ese chico. ¡Y pensar que por poco muero sin conocerlo!

Capítulo 14

El plan era salir en cuanto amaneciera. Luna durmió en la carpa de circo con los demás. Quiso que me quedara en la furgo, como gesto de bienvenida. No sé de dónde los chicos sacaban la energía. Apenas durmieron dos horas y estaban como si nada, en cambio, yo estaba muerta de cansancio.

Ventura manejaba la camioneta donde transportaban la parrilla, el combustible, las carpas y el resto del equipaje. Sheeta y Luna eran las únicas chicas que no viajaban en moto. La primera era la copiloto de Ventura y mi cuñada iba en su nave multicolor, liderando la caravana. Por lo general los autos salían antes porque las motos, al ser más rápidas, los alcanzaban tranquilamente en los puntos de descanso. Ese día la única que salió temprano fue Luna. Ventura, en cambio, tuvo que quedarse esperando a que termináramos de recoger las casas de campaña.

—¿Quieren que los espere un poco más? —preguntó la gitana.

—No. Ve tú primero y haznos espacio en el restaurante. Nos vemos en Cooper Cart para almorzar.

Ventura tenía razón, era mejor que ella fuera delante. Por lo general los sitios de comida se llenaban mucho a mediodía, y como éramos tantos, debíamos reservar con antelación para poder almorzar todos juntos.

Yo estaba tan emocionada que poco a poco el cansancio fue cediendo. Me impresionaba ver a las chicas pilotando las motos. Era como si se hubiesen transformado de la noche a la mañana. El día antes eran tan normales como yo, con la diferencia del colorido de sus vestimentas, y ahora eran las diosas de la carretera. Me dieron una clase magistral de moda, haciendo que me replanteara mi sentido del gusto, porque definitivamente se veían preciosas. Con razón Taylor quedó con cara de tonto cuando me vio usando su chaqueta la noche anterior. Era a lo que estaba acostumbrado, y verlo en la chica que le gustaba fue como colocarle la «cereza al pastel».

Los pantalones eran de cuero, de petróleo o de otros materiales resistentes. Me fijé que todos tenían refuerzos en las rodillas y caderas. Las chaquetas también estaban diseñadas para protegerlos de las posibles caídas, además, de la lluvia y el viento. Usaban guantillas protectoras y cascos integrales, que cubren toda la cabeza y la cara. Taylor me explicó que eran los más adecuados para viajes largos o conducción a alta velocidad, aunque él prefería su casco modular, así podía abrirlo si quería hablarle a su copiloto o cuando le entraba la ansiedad claustrofóbica. El atuendo era una pasada, pero lo que me voló la cabeza definitivamente fueron las botas. Robustas, cubrían hasta el tobillo y sus suelas anchas imponían demasiada autoridad. La definición de «pisar duro». ¡Madre mía! ¡Qué estilazo!

Volviendo a las chicas, casi todas se hacían trenzas para evitar que el cabello les molestara en el rostro. No imaginaba que tuvieran la fuerza necesaria para conducir esas motos tan grandes; luego entendí que no se trata de fuerza, sino de técnica y práctica. Me entraron unas ganas irresistibles de hacerlo a mí también, pero la verdad es que no sabía ni montar bicicleta.

Estaba extasiada mirando a mis nuevos compañeros, y a la vez me sentía rara, fuera de lugar. Taylor, como si hubiese leído mis pensamientos, se me acercó por la espalda. Yo estaba sentada sobre su moto y me llevé tremendo susto cuando me rodeó con sus brazos.

—¡Ey, avisa cuando vayas a aparecer así de repente! ¡Casi me matas… por segunda vez!

—No está en mis planes matarte, bonita —respondió, muerto de la risa por el salto que di. Acto seguido me dio un besito tierno en la frente para que me calmara—. Al contrario, les prometí a tus padres que te protegería. Por eso te traje esto. —Dejó caer un bulto sobre el asiento de la moto—. Espero que te guste, porque no es opcional usarlo.

—¿Qué es?

—¡Ábrelo!

Era un atuendo completo, como el de las chicas, la ropa por la que estaba delirando segundos antes.

—¡Mi amor, me leíste la mente! Justo estaba… ¡Uff, me encanta!

—¿De veras? ¿O lo dices para quedar bien conmigo?

—¿Qué? ¿Estás loco? Este es el mejor *outfit* que usaré en la vida.

Reímos como par de adolescentes. Taylor se sintió aliviado. No pretendía imponerme su cultura, pero era obvio que le encantaba verme asimilando su mundo, como si hubiese nacido entre ellos. Y juro que no lo hacía para ser condescendiente, sino porque su mundo era tan mágico como él.

—Me alegra que te guste. Anoche cuando te vi con mi chaqueta te imaginé vestida así y, créeme, tuve que contenerme. —Me quedó claro que se volvió loco, aunque no lo hubiese demostrado en ese momento porque me puse rara con los recuerdos que se activaron—. Aquí está todo. Las botas molestan un poco al principio, pero te acostumbras. De todas maneras, te puse unas tiritas en el bolsillo del pantalón para que las uses si te lastiman… Y el casco es modular como el mío, así podremos hablar en la carretera. Se abre presionando este botón. —Mientras me explicaba todo, yo lo miraba con ganas de comerle la boca. Entendí a qué se refería cuando me dijo que tuvo que contenerse—. Y esto de acá…

—Lion, ¿por qué me gustas tanto, eh?

—¡Porque soy un *hippie* aventurero que te hará descubrir lo lindo de la vida!

Lo besé, casi por instinto. Me gustaba besarlo despacio, para que me durara el momento. Me gustaba mirarlo a los ojos, acariciarle el cabello, morderle los labios, susurrarle tonterías. Me gustaba escucharlo, excitarlo, volverlo loco… Me gustaba sentirme protegida, sentirme suya. A veces me daba la sensación de que estaba viviendo dentro de una peli romántica… o de un sueño que se sentía tan jodidamente real como el último que tuve.

—Iré a vestirme, antes de que desarmen la última casa de campaña.

—Vale, no te demores. Yo seguiré ayudando a los chicos a recoger. —Apenas me había alejado unos pasos cuando escuché nuevamente su voz—. ¡Ey, Loto! En el bulto solo falta la chaqueta. Sé que eres muy sensible a la frialdad, pero no quise romper la tradición del grupo.

—¿Qué tradición?

—La chaqueta es el primer regalo de cumpleaños que le hacemos a los nuevos.

«Me encanta, me queda hermosa… Alguien me la regaló el día de mi cumpleaños»

«¡Lo recuerdo! La chaqueta que usaba aquella noche fue un regalo de cumpleaños… pero ¡¿cómo…?! ¿Qué está sucediendo? ¡¿Cómo es posible que…?!»

Le di la espalda a Taylor y seguí mi camino. Las piernas me temblaban y tenía la respiración entrecortada. Tuve que recostarme de una palmera para reubicarme en la realidad.

«Tengo que olvidarlo, se lo prometí a Lion. No puedo permitir que me controle. No, no, no… Yo puedo hacerlo, puedo ignorarlo… Lo siento, Alexandra, a partir de ahora serás Loto. Tu pasado… ya no me importa…»

—¿Loto? —Rookie y Sákura se acercaron corriendo al verme en ese estado—. ¿Estás bien? —preguntó el chico, nervioso—. ¿Quieres que llame a Lion?

—No, no… estoy bien. Me sentí aturdida de repente. —Forcé una sonrisa, intentando parecer calmada—. Es que no estoy acostumbrada a las parrandas de madrugada —mentí.

—¡Ah, conque es eso! Se llama resaca, nena. Y más vale que te acostumbres —Sákura no fumaba, pero para ser tan joven bebía más de la cuenta—, después de manejar, lo que más hacemos en esta vida de nómadas, es trasnochar.

Sí, ella tenía razón: debía acostumbrarme a mi nueva vida, y para eso tenía que renunciar a la anterior. Ya era hora.

Capítulo 15

Perspectiva: «Salir en cuanto amaneciera». Realidad: «Saldríamos cuando termináramos de recoger las casas de campaña para gigantes».

Tomó más tiempo recogerlas que armarlas. Según Taylor, siempre sucedía lo mismo con esos armatostes. Ellos no pretendían pasar esa noche allí, pero Luna, al ver que me puse mal en la tarde, propuso armar el campamento de nuevo. Los chicos la apoyaron enseguida; en definitiva, eran dueños de su tiempo y un día más o uno menos no haría la diferencia. Se sintió bien que se preocuparan por mí; eso hace la familia. La única que no se veía muy contenta con la decisión que tomó el grupo el día antes era Brooklyn.

—¡Brook! Dile a Aldo que agarre dos botellas de agua para cada uno. —Le recomendó Taylor cuando estábamos a punto de salir. Ella permanecía muy seria y noté que no dejaba de mirarme mientras se acomodaba las guantillas y el chaleco—. Creo que ni siquiera dos serán suficientes. Este primer tramo será largo…

—¡Sé cómo cuidarme sola! —Lo interrumpió abruptamente—. Preocúpate por tu muñequita de porcelana, que no lleva ni veinticuatro horas con nosotros y ya se desmayó. ¡No creo que aguante mucho!

La pelirroja se colocó el casco con rabia y arrancó su moto. Aceleró tanto como pudo, levantando una nube de polvo. Unos metros más adelante frenó en seco, e hizo un giro dramático, como quien intenta demostrar su habilidad en la carretera. Aldeano tuvo que correr para alcanzarla. Iba protestando y lamentándose por tener que viajar con ella. No entendí su actitud, pero preferí no tomarla personal. ¿Que podría tener en contra mía?

—¡No va a madurar nunca! —Acto seguido el comentario de Sákura me hizo cambiar de opinión—. Te odia desde antes de conocerte.

—¿Y por qué? ¿Yo qué le he hecho?

—Aparecer justo a tiempo para que Lion cambiase de copiloto. Según ella estaba a punto de conquistarlo.

—¡Por Dios, no me digas que ellos…!

—¡No, tranquila! Él no ha estado con nadie desde que Savannah abandonó la caravana. Pero Brook insistía en que ella sería la próxima. Digamos que trastocaste un poquito sus planes.

—¿Un poquito? —Cambié de tema enseguida al notar que Taylor se aproximaba a nosotras—. Igual, espero que no sea un problema.

—¿De qué hablan? —Le abrí los ojos a Sákura para que me siguiera la corriente.

—De mi incapacidad para manejar motos. ¡Tienes que enseñarme!

—¡Un día a la vez! —Sákura sonrió y nos dejó solos—. Te enseñaré, pero no hay apuro. Vámonos ya, que somos los rezagados. ¡Muévanse, chicos! ¡Queremos llegar antes del mediodía!

Sentí la adrenalina apoderándose de mi torrente sanguíneo tan pronto Lion encendió la moto. Mi corazón palpitaba como nunca; casi podía escucharlo por encima del ruido y los gritos de euforia. Me quité las gafas de sol. No quería recordarlo en sepia, sino que los colores reales de ese primer viaje se quedaran grabados en mi memoria para siempre. Desde que tuve el accidente aprendí a valorar los recuerdos; ahora me aseguraba de guardarlos lo mejor posible. Atesoré cada

detalle, cada partícula de polvo suspendida en el aire, los colores del vinilo tornasol de la moto mi chico, el símbolo de su personalidad adornando la carrocería; su espalda, su pelo largo volando y azotándome el rostro de vez en cuando, mis brazos enredados en su cintura… Todo lo guardé como si hubiese pasado en cámara lenta.

—¡Eso que ves allá es el Moon Valley! —Señaló un valle que parecía un parque de atracciones en la parte baja de la montaña—. Allí fue donde Luna obtuvo su alias.

—No le he preguntado su nombre, me gusta Luna. —Me dolía la garganta de gritar. Era casi imposible hacerse oír en la carretera. Además, llevábamos pañuelos amarrados en el rostro, para cubrirnos del polvo y el viento sin tener que bajar la mentonera de los cascos—. ¿Me dirás su nombre o le pregunto a ella?

—Prefiere que la llamen así; significa mucho para ella. Pero puedo decírtelo, no es un secreto. Se llama Tayra.

—¡Wow! ¡Es un nombre hermoso!

—¡Lo es! Llamaré así a mi primera hija.

—¡Qué tierno!

Más tarde alcanzamos a Luna y a los demás. Fuimos los últimos en llegar, porque Lion se detuvo varias veces a mostrarme lugares increíbles. Quiso besarme en cada uno de los sitios importantes para él, que ahora lo eran para mí también.

Nunca había estado en el Cooper Cart, sin dudas el restaurante favorito del grupo. No entendí el por qué hasta que llegamos allí. No se trataba de un simple restaurante. En todo caso era un santuario de recuerdos. Quedé encantada con la gran variedad de objetos de la tienda de suvenires. Había decenas de obras de arte personalizadas, artículos de cuero y camisetas exclusivas que no encontraríamos en ningún otro lugar de la Ruta 66.

—Ese cuadro es de Sheeta. —Luna se me acercó sigilosa por la espalda, mientras yo observaba extasiada las pinturas que cubrían casi una pared completa.

—¡Es increíble! ¡Qué talento tiene! —Sin darme cuenta se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Ya veo que te gusta la pintura. ¡Mírate —Sonrió—, te ha hecho llorar!

—No recordaba que el arte me emocionara tanto. Supongo que jamás le había prestado atención... Mi vida iba tan deprisa que casi se me escapa de las manos sin notarlo siquiera.

—Suele suceder. Lo importante es despertar a tiempo.

—Despertar… —Me pareció irónico que hubiese tenido que «despertar» literalmente para comenzar a vivir—. Y pensar que por poco no lo consigo… —Luna se limitó a permanecer en silencio ante mi comentario, observando cómo me enjugaba las últimas lágrimas—. ¡Ya, que no quiero ponerme sentimental de nuevo! Cuéntame más sobre el cuadro de Sheeta, ¿cómo llegó hasta aquí?

—Se lo regaló al dueño del lugar la primera vez que vinimos y él, en agradecimiento, nos ofreció comida gratis. A partir de ese día nos hicimos muy buenos amigos. Bret es especial. Y Liz, su esposa, también es un amor. Nos vende las bisuterías y las manualidades en su tienda, sin cobrarnos un centavo de interés. Lion siempre encuentra personas mágicas en el camino.

—Espera, ¿los conocieron por Taylor?

—¡Pues sí! Fue hace un año aproximadamente. No planeábamos parar aquí, pero en cuanto mi hermano vio la colección de motocicletas antiguas, no pudo contenerse. La atracción fue magnética. Detuvo la caravana y desde entonces este es uno de los lugares favoritos del grupo.

—¡Por eso se me perdió desde que llegamos!

—Seguro. Debe estar por ahí babeando con esas bellezas.

—¿Dónde las tienen?

—Vamos, te acompaño.

Nos dirigimos hacia una plazoleta inmensa que separaba la galería de arte del restaurante. Efectivamente, allí estaban todos, riendo, charlando y haciéndose fotos con las naves de antaño. ¡Eran hermosas! Con razón ese sitio era especial para los chicos, sobre todo para Lion. Me detuve a observarlos a unos pasos de distancia, sonriendo como una tonta. Se veían tan felices, tan llenos de vida, de sueños… Después de unos segundos en trance me acerqué a Taylor y le apreté la mano levemente.

—Disculpa por dejarte solita.

—No, mi amor, descuida. Ya no soy una visita, soy una de ustedes. ¡Adoro verte disfrutar!

—¡Qué linda! —Me miró con ternura—. Las motocicletas son lo mejor del lugar, pero hay algo que sé que te va a volver loca. Bret y Liz tienen maravillas escondidas aquí para todos los gustos.

—¿Qué es?

—¡Ya verás! No sé cómo no te fijaste cuando llegamos. Después del almuerzo te lo mostraré; debes estar muriendo de hambre.

—Pues no vi nada, y no pienso esperar el almuerzo. ¡Vamos!

Taylor tomó el pañuelo que usé en el viaje para cubrir mi nariz, y esta vez me vendó los ojos. Me guio hacia el lateral de la galería. Yo iba dando traspiés, no veía nada. Nunca nadie me había vendado los ojos para darme una sorpresa. Me sentía ridículamente feliz, como si todo el mundo hubiese comenzado a girar en torno a mí. Cada vez me convencía más de que desperdicié mis mejores años intentando encajar en un sitio al cual no pertenecía, por el miedo irracional a lo desconocido. *«Lion, ¿por qué demoraste tanto para aparecer en mi vida?»*

—¡Llegamos! —Me sacó de mis pensamientos, y acto seguido retiró el pañuelo de mi rostro —. Mira, nena, ¿no es hermosa?

—¡Wow! Es… es… —No encontré las palabras adecuadas— ¡Parece sacada de un sueño!

Era una furgoneta parecida a la de Luna, pero con un centenar de recuerdos pegados en su carrocería en forma de calcomanías, firmas, fotografías, chapas, grafitis… Décadas de historias, contadas por ese auto maravilloso que se negaba a envejecer.

—Es una de las más antiguas de Arizona. Ha visto pasar por aquí a miles de viajeros en busca de su destino. Todos le han dejado una huella... ¿Te animas?

—¡Esto es mágico! ¡Gracias por traerme!

Me entregó un carboncillo que tenía en el bolsillo. Escribí nuestros alias con letra gótica y luego hice un pequeño bosquejo de una flor de loto junto a una cabeza de león. Taylor no daba crédito a lo que estaba viendo:

—Nena, ¡qué lindo! No tenía idea de que te gustara dibujar.

—Ni yo tampoco... Jamás lo había intentado. ¡Lion, estoy asustada, apenas me reconozco!

En ese momento, contemplando mi propia creación, me invadió una ola de euforia. Estaba feliz, a pesar de la confusión que había en mi mente. El pasado cada vez se sentía más ajeno; el presente, en cambio, se convertía en mi posesión más preciada con cada paso que daba, con cada cosa que descubría, con cada sitio que visitaba... ¡Eso era vivir! ¡Siempre fue más simple de lo que imaginé!

Capítulo 16

Pasamos unas horas inolvidables en Cooper Cart. Habría sido un día perfecto, de no ser por Brooklyn, que estuvo todo el tiempo con su mirada de desprecio posada sobre mí. Los demás se dieron cuenta y me advirtieron que no le hiciera caso, aunque debo admitir que fue muy molesto tener que soportar su crisis de celos.

Liz y Bret no querían que nos fuéramos, pero debíamos continuar. Había que llegar al Gran Cañón antes de las seis de la tarde. Después de esa hora era prácticamente imposible encontrar un sitio libre para acampar durante esa temporada del año.

Me hacía ilusión regresar al Gran Cañón de Colorado. La primera vez que fui, Fabio y yo éramos niños. Aquel fue el último viaje familiar que hicimos con mi abuelo. Él murió dos años después. Nunca olvidaré lo que me dijo ese día: «La naturaleza siente nuestra presencia, y se esconde, pero si somos amables, nos mostrará sus maravillas. Deja que te dé la bienvenida y, cuando lo haga, abrázala». Por eso estudié Biología; mi abuelo me hizo amar la naturaleza con unas pocas palabras. Era su lugar favorito y se conocía de memoria cada milímetro de tierra del parque. Le encantaba viajar, conocer, descubrir… Hubiese sido lindo que me viera convertida en una *hippie* aventurera, pisando el mismo suelo que pisé hace años tomada de su mano.

Yo no tenía idea de que el parque ofrecía servicios de alojamiento para los viajeros. Finalmente, recordando la experiencia de esa mañana, decidimos rentar habitaciones para pasar la noche en lugar de armar las casas de campaña.

El parque estaba lleno, no éramos los únicos con autocaravanas dispuestos a acampar allí. El ambiente era mucho más animado de lo que recordaba. Varias personas eligen ese destino para vacacionar, y con razón, porque la verdad es que parece un paraíso terrenal. No sé qué se celebraba ese día en particular, pero había bastante actividad nocturna hacia el norte. Seguimos la música y, efectivamente, nos encontramos con un DJ animando a una multitud de universitarios más *hippies* que nosotros mismos.

—«Mejor llegar a tiempo que ser invitados». —Rookie citó a Ventura, que fue el único que no nos acompañó. Prefirió quedarse en la habitación a causa de una fuerte migraña—. Si el viejo supiera de lo que va a perderse, se olvidaría del dolor de cabeza en menos de un minuto. ¡Música, comida y bebida gratis!

—Puedo ir a buscarlo. —Taylor se ofreció enseguida—. Quizás quiera venir un rato.

—¿Por qué mejor no lo llamas? —pregunté, más que todo porque las habitaciones quedaban bastante lejos y me daba pena que Taylor tuviera que regresar.

—Porque la señal está muerta. No te preocupes, regreso en dos minutos.

—¡Voy contigo!

—¡Espérame aquí, Loto! ¡Disfruta, relájate…!

—¡Déjalo que vaya solo, nadie se lo va a comer! —Brooklyn estaba esperando la mínima oportunidad para meter la cuchareta—. ¿No te das cuenta de que lo estás asfixiando?

Noté un gesto de disgusto en el rostro de mi novio, aunque no dijo nada. Tenía que defenderme yo misma.

—¿Qué pasa, Brook? ¿Tienes algún problema conmigo? —Sákura y Luna se acercaron por si tenían que intervenir, pero Taylor puso su brazo frente a ellas impidiéndoles el paso. Me dejó

claro que quería ver mi reacción—. Te hice una pregunta —insistí—, ¿no me escuchaste?

Brooklyn no se esperaba mi actitud, por eso se quedó petrificada. De hecho, nadie se la esperaba; todos estaban expectantes a lo que estaba por suceder.

—¿Qué problema podría tener? Me resultas indiferente. Mi problema no es contigo, nena, es con él. —Señaló a Taylor y comenzó a aproximarse con la arrogancia de una gata. Yo esperé a que se acercara y me paré entre los dos.

—¡Se mira y no se toca, bonita! ¡No des un paso más! —Escuché a Taylor reír a mis espaldas, estaba disfrutando la escena.

—¿De qué te ríes, payaso? —La pelirroja estaba ardiendo de rabia—. ¿Ya le dijiste a esta niñita de mami y papi que te gusta jugar con las mujeres? ¿Le contaste que Savannah se fue porque te vio conmigo?

Antes de que yo pudiera reaccionar, ya Luna estaba sobre Brooklyn. Me hubiese gustado cerrar el asunto con mis propias manos, pero después de todo me alegré. No hubiese sido apropiado que me involucrara en una bronca; era solo mi segundo día con la caravana.

—¡Llevo todo el día conteniéndome! —La gitana la agarró por la trenza en un abrir y cerrar de ojos—. ¡Te advertí que dejaras a mi hermano en paz! Si todavía estás en esta caravana, es por respeto a tus padres, pero si sigues jodiendo a Lion no hablaré la próxima vez.

—¡Suéltame, que me estas lastimando!

Fue todo lo que dijo, ni siquiera atinó a defenderse. Luna la soltó con rabia y le advirtió que se fuera a dormir. Los demás no parecían sorprendidos, en cambio, yo quedé en shock. Apenas estaba conociendo a la gitana, y debo admitir que cada vez me impresionaba más su personalidad. Era del tipo de personas que hablan con sus actitudes. Luna podía llevarte a un sitio de paz solo con tomarte de la mano; luego, con la misma naturalidad, se transformaba en una fiera que ponía a temblar a cualquiera. Me di cuenta de que Lion era sagrado para ella y eso me hizo admirarla más todavía.

El ambiente se relajó en cuanto Brooklyn se fue. Poco después vimos aparecer a Ventura con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me dijeron que había fiesta por aquí! —Se hizo espacio en la alfombra donde estábamos sentados—. Y ya veo que Brooklyn lo hizo de nuevo —bromeó.

—Me tiene harta con su malacrianza. ¡Parece menor que Sákura! —Luna seguía molesta.

—¡Ignórala! No dejes que te amargue la noche. —Aldeano le ofreció un cigarrillo—. Se pasó todo el viaje hablando de Lion, la pobre. Yo me pongo en su lugar. Es bien jodido enamorarse de alguien que jamás va a hacerte caso…

—Lo dices por experiencia, ¿no? —intervino Taylor—. Te gusta la pelirroja.

—Es un caso perdido. —El rostro del chico se opacó; no pude evitar sentir pena por él—. Pero… ¡no va a echarme a perder la tertulia! —En menos de dos segundos cambió su semblante, como si hubiese apagado el «modo triste» con un interruptor—. ¡Vamos a bailar, que la fiesta apenas empieza!

«¿Dijo bailar? ¡Ay, no, yo paso! No haré semejante papelazo».

Me encantaba la música, aun así, jamás había bailado. Es decir, sí, bailaba en casa, con mi familia o encerrada en mi habitación, pero de ahí a bailar en una fiesta, frente a un montón de desconocidos, ¡eso nunca! Lion hizo de todo para convencerme, y yo no cedía.

—¡Que no sé bailar!

—¡No importa! ¡Nadie sabe! Míralos, ¿qué parecen? — Taylor ladeó la cabeza, con un gesto graciosísimo en el rostro. Si lo que estaban haciendo los chicos era «bailar mal», me imagino lo que diría cuando me viera a mí—. ¿Sabes cuál es su secreto? —Negué—. Que no les importa

hacerlo bien, solo se están divirtiendo. ¡Vamos, inténtalo!

«¡A la mierda! ¡A quien no le guste, que no me mire!»

Sucedió como cuando dibujé esa mañana en la carrocería de la furgoneta *vintage*: nunca lo había intentado, sin embargo, me salió increíble.

Taylor me guio hasta el grupo, que ya se había sumergido en la canción. Todos bailaban y cantaban al mismo tiempo. Me encantó descubrir que mi novio se movía con tanto arte, aunque debí sospecharlo por razones obvias. Y si bien ese no es el punto, no podía pasarlo por alto.

Nos paseamos por todos los géneros, cambiamos de pareja varias veces, bailé incluso con las chicas. Los mejores eran los hermanos Mario y Luigi, que tenían coreografías ensayadas probablemente desde que eran niños. ¡Fue lo más divertido que hice en años! Escuché varias canciones por primera vez y las tarareaba, aunque no me las supiera. Sentí un éxtasis absoluto, donde el agotamiento físico era superado por la adrenalina y las ganas de más. En ese punto me di cuenta de que había olvidado el mundo a mi alrededor.

De pronto todo desapareció. Estaba sola bajo una cascada multicolor. Hacía mucho frío, solo que esta vez no me importó en lo absoluto. No podía parar de moverme. Escuchaba la música indistinta, mientras mi cuerpo continuaba obedeciendo el ritmo que marcaba la percusión. Fui capaz de identificar cada instrumento por separado: sabía cuáles eran de cuerda y cuáles de viento, cuáles llevaban la melodía y cuáles acompañaban…

«La música… ¡a eso se referían! ¡La estoy sintiendo como ellos, la estoy viviendo por primera vez!»

El abrazo de Lion me trajo de vuelta a la realidad. Miré sus preciosos ojos preguntándome qué clase de hechizo era aquel, qué tipo de magia había utilizado para hacerme reencarnar en una persona totalmente diferente a la que fui toda mi vida.

—¡Sí sabes bailar, Loto! ¡Eso es bailar!

—¡Acabo de aprender, gracias a ti!

Más tarde regresamos a la alfombra. Estábamos sentados en círculo haciendo historias y riéndonos de cualquier cosa. Me dolía todo el cuerpo: un dolor embriagador y fascinante.

En un momento de silencio, Brooklyn regresó a mi mente. Aldo tenía razón: debe ser bien jodido ver al chico que te gusta besándose con otra frente a tus narices. No pretendía ser su amiga, pero tampoco quería ser su enemiga.

—Lion, ¿me contarás la historia de Brook y Savannah?

—Jum, ya habías demorado —protestó—. Si quieres saber lo que pasó te lo contaré, solo que este no es el momento.

Quedamos en silencio por unos segundos. Probablemente él no se sentiría cómodo hablando de su ex. Mi intención no era cuestionarlo, sino comprender la actitud de Brooklyn, entender por qué sentía tanta rabia.

—¿Sabes qué? Pensándolo bien no quiero saber nada. El pasado es una mochila de plomo que solo deja de pesar cuando la soltamos. ¡Tú me enseñaste eso! Me hiciste apartar la vista de lo que pasó para que pudiera enfocarme en lo que está sucediendo ahora. No quiero que nada me despierte de este sueño, ni siquiera la incertidumbre de lo que sucederá después. Quiero vivir el presente, quiero vivirte a ti… —Estaba recostada en su pecho, de espaldas hacia él, y cuando me escuchó decir eso, me apretó entre sus brazos y me besó el cuello. Supongo que sintió alivio—. No más preguntas sobre tu pasado, y menos sobre el mío.

—¡Trato hecho! —Cruzamos los meñiques como dos niños pequeños—. Pero que conste, no me importa contarte lo que pasó con…

—Ya te lo dije: no quiero saber. ¡Solo quiero vivir!

Ventura, el mayor del grupo, a quien con apenas 43 años ya le llamaban viejo, estaba escuchando nuestra plática. Me dedicó una mirada de aprobación y una sonrisa:

—¡Ojalá hubiese tenido esa sabiduría a tu edad!

—¡Ojalá yo la hubiese descubierto antes!

Capítulo 17

Comencé a ver el mundo desde otra perspectiva y cada día amaba más mi nueva vida. Sentía el sabor del tiempo en mi boca mientras recorríamos las carreteras a toda velocidad; saboreaba el polvo del desierto o el salitre del océano, como indicios perfectos de la libertad que perseguíamos. Dejé que la tierra cubriera mi cuerpo sin escrúpulos; me bañé en mil aguaceros y siempre se sentía como la primera vez. Sentí el viento acariciarme igual que si me abrazaran todas las almas del planeta al mismo tiempo. Cada vez que escuchaba una canción, me sumergía en la cascada multicolor donde aprendí a bailar. Los cuadros de Sheeta continuaban arrancándome las lágrimas. Le pedí que me enseñara a hacerlo, y resulta que mis manos sabían algo que mi mente había olvidado: era capaz de pintar. Comencé a hacerlo a menudo y viajaba al cosmos cada vez que tomaba un pincel.

El arte es magia, es una alquimia rara que paraliza todo alrededor… lo aprendí con ellos: un grupo de dementes que lo han entendido todo. Me enseñaron que la vida se tuerce cuando se le antoja, que no hay nada que puedas dar por sentado, salvo la muerte. Me enseñaron a amar esta vida, la vida que «nunca soñé», pero terminó convirtiéndose en mi realidad, gracias al azar que por poco me lleva a la tumba. Supongo que debo dar gracias incluso por eso. Quiero pensar que el destino está escrito y que todo sucedió porque estaba en mi camino encontrarme a mí misma.

Llevábamos semanas viajando. Mi piel estaba un poco más oscura, mi cabello era un desastre, pero así era feliz. Comencé a usar ropa ligera, con arabescos y colores; solía pensar: *«Si Olivia me viera vestida de esta manera probablemente sufriría un infarto»*. A veces la nostalgia me hacía recordarla a ella y al resto de mi familia con lágrimas en los ojos, sin embargo, no eran ganas de regresar, sino de que ellos hubiesen podido acompañarme.

Taylor cada vez se involucraba más en nuestra relación, me tomó muy en serio y su actitud me estaba enamorando. Había mucha química entre los dos; no solo disfrutábamos el sexo o la locura, sino que éramos capaces de cuidarnos las espaldas, de proteger los sentimientos del otro. Cuando nos peleábamos por cualquier tontería, intentábamos resolverlo antes de ir a dormir.

Finalmente me habló de Savannah. Resulta que la chica era muy inmadura, nunca se adaptó a la vida de nómadas. Lion me confesó que jamás pensó que yo me adaptaría. Me vio tan civilizada, tan estudiosa, tan amarrada a la sociedad, que me calculó unos pocos días con la caravana. En realidad, lo sorprendí, del mismo modo que me sorprendió que ese chico rudo, a quien conocí en un cuarto de hospital, se convirtiera en el hombre de mi vida.

Las tensiones con Brooklyn disminuyeron desde que Luna la puso en su lugar aquella noche en el Gran Cañón. No obstante, aunque yo la ignoraba, de vez en cuando lanzaba indirectas al aire.

Recuerdo que en una ocasión nos detuvimos a hacernos fotos en un monasterio budista que encontramos en el camino. Un lugar precioso, donde todo lo que se escuchaba era silencio. El templo era una belleza; a pesar de estar en medio de la nada, permanecía muy bien conservado. Me imagino que alguien iba a menudo para darle mantenimiento. Había un cartel en la puerta con dos instrucciones: «Quítese los zapatos al entrar y apague la luz antes de salir».

Entramos descalzos. El suelo estaba extremadamente frío, pero nadie se quejó de ese detalle. Para esas alturas yo había asumido que mi sensibilidad a las bajas temperaturas era una secuela

del accidente, porque antes no me afectaba tanto. Igual, no me importó; valió la pena congelarse los pies: esa puerta era un portal mágico al Extremo Oriente. Nos topamos con la decoración más hermosa que he visto en la vida alegórica a la cultura asiática. Por un lado, las columnas, los pedestales, las estatuas…, por el otro, los retratos, las maquetas, los cojines, las lamparillas…; cada parpadeo se convertía en una transición exquisita entre lo majestuoso y lo sublime del lugar. El simple hecho de atravesar aquel umbral fue registrado en mi bitácora como «un viaje descalza al antiguo reino de los dragones».

Volviendo a Brooklyn y a sus indirectas, cuando salimos del templo quise hacerme una foto artística en un puente que había a un costado de la edificación. Me puse el sombrero de Lion y le quité el cigarrillo que tenía en la boca. Le pedí que diera lo mejor de sí, tenía que captar la solemnidad de ese momento y la belleza del lugar.

—¡Por Dios! ¡Qué linda eres, Loto! —dijo, después de chequear la pantalla de su cámara.

—¡Estás enamorado como un tonto! —me burlé—. ¡Hazme otra! Me gusta este sitio y esta pinta de mafiosa francesa. —Moví el cigarrillo que sostenía entre los dedos, intentando que el humo saliera en la foto, pero fue inútil.

—Tienes que inhalar si quieres ver el humo.

En un arrebato de estupidez me llevé el cigarrillo a los labios y aspiré una bocanada. Era la primera vez que lo intentaba, de más está decir que por poco me ahogo. Brooklyn miraba la escena recostada en una columna, a unos pasos de nosotros.

—¡Era obvio! —Como si alguien le hubiera dado vela en ese entierro, puso los ojos en blanco e inhaló su cigarrillo; luego exhaló despacio con un gesto de superioridad en el rostro. Debo admitir que lo hacía con arte, pero me dio rabia tanta prepotencia. La hubiese ignorado si no hubiera dicho lo que dijo después—. Si no naciste para gallo, ¡salte del gallinero!

Apenas murmuró la frase, pero como estaba atenta, la pude escuchar. Taylor me tomó de la mano para sacarme de allí e incorporarnos al grupo. Noté que ellos continuaban haciendo fotos, en un intento de inmortalizar la magnificencia de aquel sitio aparentemente sagrado, cuyo silencio no quise ultrajar armando un escándalo. Preferí no responderle a la pelirroja, al menos no con palabras. En cambio, decidí darle un poco de su propia medicina. Volví a colocar el cigarrillo en la boca mi chico, le pedí que lo aspirara y que retuviera el humo. Cuando lo hizo, puse mis labios en los suyos y lo absorbí todo, luego lo liberé con más arrogancia que ella. En ese momento Lion me tomó la dichosa foto, que, por cierto, salió perfecta, y a la impertinente de Brooklyn no le quedó más remedio que irse con el rabo entre las piernas.

—¡Te pones pesada! —Taylor estaba muerto de la risa; le encantaba verme defendiendo lo que era mío.

—¡Ella misma se lo buscó! —Le di otro beso, sin humo esta vez—. En serio, no sé cómo puedes con esa cosa… ¡sabe a rayos!

Ese día nos dirigíamos a Arteche, un pueblo famoso por sus tatuadores. Yo les tenía pánico a las agujas, pero los chicos hicieron de todo para convencerme.

—¡No es tan malo, ya verás! —dijo Sheeta y me mostró su cadera derecha—. Mira, este de aquí fue el último que me hice. —Era un mapa de la Isla de Cuba. Me contó que sus abuelos maternos emigraron muy jóvenes y jamás pudieron regresar—. Y este otro es el boceto del primer retrato que le hice a mi hermanito. —Se levantó la falda y me mostró el muslo—. La idea inicial era darle color, pero me gustó así, ¿qué te parece?

—¡Es hermoso! —El talento de Sheeta era de otro planeta. Yo hubiese jurado que la referencia para el tatuaje había sido una foto; quedé más impresionada todavía cuando me contó cómo lo

hizo.

—Íbamos en el auto de mi madre, yo lo estaba mirando por el retrovisor. Agarré sus propios lápices de colores e hice el boceto.

—¡Estás loca! —reímos—. Un auto en movimiento, la realidad distorsionada por un espejo diminuto, ¿y te quedó así? ¡Cuando sea grande quiero ser como tú!

—¡Se me acaba de ocurrir algo! ¿Qué tal si tú misma diseñas tu tatuaje? Es decir, de esa manera le darás un significado más especial, sería único en el mundo.

—Ya no sabes que hacer para convencerme.

—¡Pues sí! Tu piel es un lienzo perfecto, pero sin pintura no es arte.

—Jum, me lo voy a pensar. ¿No hay una manera de saltarse la parte de las agujas?

Estallamos en una carcajada que provocó que todos voltearan a vernos. Sheeta los llamó para que me mostraran sus tatuajes ocultos, y de paso la ayudaran a persuadirme. Ghost tenía un fantasma pequeñito en la parte trasera del hombro.

—Me llaman Ghost por mi tatuaje. Y por suerte logré convencerlos de que me cambiaran el alias, porque antes me llamaban Gasparín. —Él era del tipo de personas que no hablan mucho, pero cuando abren la boca sabes que te vas a reír.

—¿Alguien más le debe su alias a un tatuaje? —pregunté, porque ya sabía que Taylor tenía un león similar al vinilo de su moto en el centro de la espalda.

—¡Pues yo! —Respondió Bubble—. Somos tres hermanas y cada una tiene una como esta —Me mostró a una de las «Chicas Superpoderosas» tatuada en su tobillo—. Nos los hicimos el mismo día, y yo fui la única que no se desmayó.

—¡Mentira! —Luna se reía con ganas— ¡Admítelo, fuiste la única que se desmayó!

—Shiii. ¡Culpable! Pero… —enfatizó la frase lo más que pudo—, ¡me lo hice, coño! ¡A ver, enséñame el tuyo!

—¡Míralo aquí! —La gitana se levantó la blusa y mostró su abdomen limpio—. El mío es invisible.

—¿En serio no tienes ninguno? —pregunté sorprendida.

—No, ni pienso hacérmelo jamás.

—Nunca le han gustado —aseguró Taylor—. Mi hermana es más rara de lo que parece.

—¡Oh, por fin alguien que me apoye en este asunto!

—No me tatúo porque no me gusta, pero a ti lo que te frena es el miedo a las agujas.

—Sí, tienes razón. —Todos me miraban expectantes—. Si Bubble se sobrepuso al miedo, yo también puedo hacerlo.

Sheeta y Bubble chocaron las palmas como si hubiesen apostado por mí; Brooklyn puso los ojos en blanco, ya era normal en ella; Luna sonrió con orgullo y Taylor solo me miró confundido.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —susurró en mi oído, haciendo que me estremeciera —. No tienes que demostrar nada…

—No lo hago por eso.

—¿Entonces por qué?

—Porque quiero un recuerdo tuyo que me dure para siempre. —Su rostro cambió de inmediato, sus ojos brillaron y estoy segura de que sintió el mismo escalofrío que sentí yo un segundo antes. Ya sabía lo que me tatuaría, lo tenía en la mente—. Sheeta, préstame un lápiz, no quiero hacerlo con mi pluma para poder borrar si me equivoco.

—¿Harás lo que te dije?

—Lo intentaré.

Quedó precioso, más de lo que esperaba. Fue algo parecido a lo que dibujé en la carrocería de la furgoneta vintage el día que visitamos Cooper Cart, aunque mucho más detallado. La cabeza de un león, no tan grande como el de Taylor, pero con la misma intención en la mirada. La flor de loto tapaba parte de su rostro, y sus pétalos se mezclaban con la melena del felino en los mismos trazos. Era la esencia de ambos en una única figura. Cuando lo terminé me quedé en silencio, contemplándolo por varios minutos. Me resultaba irónicamente hermoso que un dibujo pudiera transmitir tantas cosas opuestas: el río y la selva, la prisa y la calma, la fragilidad y la fuerza… Sin embargo, significaban lo mismo: «renacer».

Capítulo 18

El pasado regresa cuando menos lo imaginas. Huyes de él cuanto puedes. Te alejas, lo pierdes de vista… y una de esas veces en que volteas a ver si aún te persigue, te das cuenta de que ahora está frente a ti.

Yo era ilusa, o quizás tenía tantas ganas de olvidar, que fue imposible. El terapeuta dijo que entre más me esforzara, más inútil sería. Se refería al hecho de intentar recordar, pero también funcionó con el pacto que hice aquella noche en el Gran Cañón: entre más intentaba mantener el pasado al margen, más nítido se volvía.

Luna era la única que podía ver mis emociones reprimidas. No sé cómo lo hacía, asumí que era su don.

—¡Va a matarte!

—¿A qué te refieres? —No pude sostener su mirada por mucho tiempo. Ya me conocía demasiado como para intentar engañarla.

—Lo sabes, Alexandra, lo sabes todo. Cuando lo admitas dejarás de sufrir. —Las lágrimas me bañaron el rostro y ella solo me dio la espalda. Antes de salir de mi presencia, me dijo algo más —: «Debemos trascender para poder ver más allá de las ilusiones», no me cansaré de repetirlo.

La vida es una ilusión, Luna tenía razón. No somos lo que mostramos al mundo. No somos siquiera lo que nos muestran nuestros recuerdos. Los recuerdos son creaciones de nuestra propia consciencia, que solo busca estar en paz. Pero la realidad… es tan cuestionable como la vida extraterrestre: una especulación que puede ser o no ser.

Viajamos mucho, conocí personas y lugares maravillosos. Llegó un punto en el que comencé a recriminarme por haber perdido tanto tiempo. Tenía mucho que aprender, muchas cosas que ver, había mucho mundo para explorar, y ni siquiera me lo planteé una vez. ¿Qué estuve haciendo toda mi vida?

Lamentablemente, ahora lo recordaba.

Por alguna razón, el dolor de las agujas clavándose en mi espalda y el ardor de la tinta mezclándose con mi piel, desataron un caos en mi memoria. Mi tatuaje significaba «renacer», y el día que me lo hice entendí por qué lo necesitaba tanto. Sentí los recuerdos bullendo en mis sienes, intentando salir todos a la vez. Con cada pinchazo me volvía más consciente: desperté en falso aquella vez en el hospital, y creé un pasado imaginario que jamás existió.

El verdadero era muy distinto: llevaba una vida patética, era una pedante que ni siquiera tenía amigos. Tuve varios novios, que autocalifiqué como «intentos fallidos de ser alguien normal». Todos acababan decepcionados de mi incapacidad para socializar. Me llamaban «el náufrago», con toda la razón. No podría culparlos, ni a ellos ni a nadie. Era evidente que establecer un vínculo conmigo significaba terminar perdido en el océano. Hasta mi hermano se alejó de mí por un tiempo. Cuando su esposa murió, no fui capaz de apoyarlo como merecía. Cuestioné su amor hacia ella, hacia Olivia, hacia su nueva pareja…, solo porque no pude validar sus sentimientos. No tenía idea de lo que era amar. No sentía amor. Al contrario, odiaba todo a mi alrededor. Sin embargo, mi familia me amaba, y ese amor inexplicable e inmerecido me hacía sentir más culpable todavía.

Luna lo vio a través de mis ojos. Finalmente entendí a qué se refería con «trascender para ver

la realidad detrás de las ilusiones». Tenía que dejar de aferrarme a los recuerdos que creé. Eran recuerdos ideales, pero nunca fueron míos: el sueño del matrimonio feliz con un biólogo o un policía del condado; la casita propia en el mismo vecindario que mis padres; la felicidad que provoca la algarabía de los hijos… ¡No, yo nunca deseé nada de eso! ¡Quería volar libre como un ave, sin horarios, ni calendarios! Fabio era el hijo perfecto, con una vida perfecta… ¡Yo debía ser como él! ¡Tenía que llenar las expectativas! Ese fue el concepto de amor que aprendí y me obligué a desearlo. Me obligué tanto que terminé odiándome a mí misma. Nunca había entendido la causa, hasta que Luna me ayudó a trascender.

Ahora amaba, amaba demasiado: la incertidumbre, la vida sin planes, la adrenalina, los riesgos, el humo de los cigarrillos de ese chico de cabello largo… Amaba el desierto, la carretera, el destino fijado detrás de la línea del horizonte, siempre tan lejano e inalcanzable. Amaba a mis amigos raros: a los tipos rudos que también saben llorar, a la gitana mística, a la pintora soñadora, a la pelirroja pedante… ¿Acaso eso no es amar? Quería vivir el presente, aunque el presente significase naufragar. Lion me ofreció todo eso el día que chocó mi auto, pero él aún no me conocía. La Alexandra que sobrevivió en ese accidente era un fraude de los pies a la cabeza… La Flor de Loto que germinó en ese hospital, era solo una ilusión; su esencia era tan cuestionable como la vida extraterrestre.

«Le prometí no hablar del pasado, pero el pasado está aquí, dispuesto a hablar de mí»

Saqué mi pequeño cuaderno y comencé a escribir. Últimamente no era divertido; estaba recordando cosas deprimentes que ni siquiera sabía si eran reales. Aun así, no quise perder la costumbre. Algún día le daría ese cuaderno a Lion. Él, más que nadie, merecía saber quién era Alexandra, aunque Loto no tuviera el valor de confesarse.

Agosto, 2022.

Ella es un ser mágico, no parece humana. Su energía es un don de los dioses. Cuando me toma las manos, puede ver a través de mi alma… y yo intento ver la suya torpemente. Entonces me sonríe y me trae de vuelta. Me enseñó a trascender. Le debo todo lo que he recordado… aunque hay cosas que prefiero volver a olvidar…

—¿Qué tanto escribes, mi amor?

Taylor interrumpió mi rutina de cada noche. Estaba agobiada mentalmente. Preferí soltarlo todo en ese pedazo de papel, con la esperanza de poder olvidarlo en cuanto cerrara el cuaderno. Pero la mente no funciona así: no se cierra, no se borra, no se apaga…

—Nada, tonterías mías… —Él se veía contento. Me abrazó, me besó, y acto seguido me entregó una bolsa de regalo—. ¿Esto qué es?

—¡Feliz cumpleaños, Loto! Ya son las doce, técnicamente ya es 15 de agosto.

«¿Cumpleaños? Hoy no es mi cumpleaños».

Acababa de escribir la fecha en mi bitácora, no era posible que no me hubiese dado cuenta. Volví a chequear y, efectivamente, estábamos en el mes de agosto. Yo nací en octubre.

—Mi amor, faltan dos meses para mi cumple. —Lion frunció el ceño, confundido.

—¿Eh? Pensé que me habías dicho 15 de agosto. Espera… —Sacó su teléfono—. ¡Lo sabía! ¡Mira! —Me mostró un bloc de notas en la pantalla de su celular. Tenía anotadas las fechas de nacimiento de todos—. Esto lo escribí cuando aún estabas en el hospital. Hablamos de la fecha de tu cumple y la anoté enseguida para no olvidarla. —Yo lo miraba con cara de espanto—. O tú estabas muy confundida por aquellos días, o yo escuché mal… —Mientras él buscaba una explicación lógica, abrí la bolsa.

—¡Mi chaqueta! —Justo en ese instante mi tatuaje comenzó a escocer y sentí mucho frío. No

hice ningún comentario, no quería arruinar el momento, pero al parecer volvía a estar tan perdida como al principio—. ¡Lion, es hermosa!

—Disculpa mi amor, fue un error estúpido. Estoy casi seguro de que dijiste 15 de agosto. No entiendo como…

—¿Recuerdas que habláramos de mi cumple en otro momento después de ese día?

—Bueno… pensándolo bien, nunca más lo mencionamos.

—¿Sabes por qué? —Negó con la cabeza—. Porque no me importa esa fecha. —Me acerqué y le acaricié el rostro con delicadeza—. Lion, yo nací el día en que te cruzaste en mi camino.

Nunca lo había visto llorar, pero esa noche sus lágrimas liberaron las mías. Fue uno de los momentos más intensos que vivimos: solos él y yo, parados en el medio de nuestra casa de campaña, reconociendo que nos amábamos sin decir una palabra.

—De todas formas, estaba loco por regalarte la dichosa chaqueta —confesó, secándose el rostro, y yo no pude evitar reír—. ¡No me mires así, Loto! ¿Qué quieres que te diga? ¡Es la verdad! ¡Me vuelve loco verte vestida así!

—Me encanta volverte loco, ¿sabías?

Le pedí que volteara. Cuando lo hizo, me quité toda la ropa; luego coloqué la chaqueta sobre mi cuerpo desnudo y me acerqué despacio. Lo abracé por la espalda, inhalando el aroma de su cuello, mientras deslizaba mis manos por debajo de su camiseta. Su cuerpo era cálido, en cambio, mis manos eran hielo. Él volteó y me miró de arriba abajo. No hizo falta que dijera nada, su rostro habló por él. Llevábamos meses juntos, pero aún me daba un poco de vergüenza desnudarme frente a él. Sin embargo, ese día fue distinto, ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo. Nos sumergimos en un trance profundo: nos besamos como nunca, nuestras miradas estuvieron conectadas todo el tiempo. Fue un éxtasis total, un baile, un juramento… Sentimos una conexión que no podríamos explicar, aunque quisiéramos.

Siempre se sentía como la primera vez… En esa ocasión, se sintió como la última.

Capítulo 19

Demoramos en dormirnos esa noche. Queríamos salir temprano al día siguiente para retomar nuestro camino hacia las Dunas de Arena de Siracusa, pero fue imposible. Casi a media mañana aún estábamos desnudos, acurrucados y hablando tonterías.

Entraríamos primero a la ciudad de Kendall para darle mantenimiento a las motos, y ya de paso intentaríamos hacer un dinero extra en la Feria de las Estrellas. Este era un evento anual, famoso en el condado de Hamilton, Kansas. La mayor atracción de la feria era definitivamente el Observatorio Astronómico Móvil, un tráiler equipado para la observación espacial.

—Me hace ilusión poder ver las estrellas desde un tráiler. Eso demuestra que todo puede ir sobre ruedas, incluso algo tan sofisticado como un telescopio.

—Cargamos el mundo sobre nuestras ruedas, ¿te imaginas poder cargar el espacio también?

—¡Sería una pasada! ¡Deberíamos comprar nuestro propio telescopio!

No queríamos salir de la casita de campaña. Estábamos muy a gusto esa mañana hablando de nuestros «casi planes». Taylor estaba medio filosófico, por primera vez me hablaba del futuro.

—Lo mejor de vivir así es que podemos soñar despiertos; eventualmente llegaremos a nuestro destino.

—¿Cuál es el tuyo?

—Ya te lo dije cuando nos conocimos: ¡quiero conocer el mundo! ¿Nunca te hablé de la Ruta Hippie?

—La has mencionado, pero nunca me has dicho nada concreto.

—Es un viaje mítico que marcó el mundo del *caravaning* en los 70. Dije que haría ese viaje cuando conociera a la persona indicada para ser mi copiloto. —Sentí un escalofrío y me dio miedo preguntar, aunque la curiosidad fue más fuerte.

—¿Y? ¿Has tenido suerte en tu búsqueda?

—Loto —Se puso serio de repente. Me miraba directamente a los ojos, por lo que sospeché que estaba a punto de decir algo que me estremecería—, después de lo de Savannah desistí de esa búsqueda y decidí ir solo. —Las alas de mi corazón se cayeron en ese instante. Aquello me sonó a despedida.

—Entiendo. No te detendré… Si ese es tu sueño, pues adelante…

—¿De qué hablas, tonta? —Sonrió y me apartó un mechón de pelo que tenía en el rostro—. No has entendido. Lo que trato de decirte es que no te estaba buscando, pero apareciste. Quiero que tú seas mi copiloto…

No dejé que terminara de hablar. Lo besé hasta quedar casi sin aliento. Lion estaba incluyéndome tan sutilmente en su futuro que no pude evitar sentir pánico, sin embargo, fue una sensación incomparable.

—¡Te seguiría al fin del mundo si me lo pidieras! ¡Gracias por elegirme!

—Gracias por quedarte.

—¡No hubiese ido a ningún lado! ¡Te habría esperado, aunque tuviese un millón de opciones! —Taylor volvió a sonreír. Tenía una sonrisa hermosa que revolvía todas mis emociones—. ¡Háblame más de la Ruta Hippie!

—Lo dijiste bien hace un momento: técnicamente estaríamos yendo al fin del mundo. Cruzaremos el Atlántico hasta Europa. Lo ideal sería hacerlo en barco. La primera parada la

haremos en Holanda o Inglaterra y el destino final es la India. No es un viaje fácil, es una aventura que tomará meses y nos expondremos a todo tipo de eventualidades.

—Estamos acostumbrados, ¿no?

—No es lo mismo aventurarte en tu país, pisando tu suelo, desafiando tu propio clima, conociendo personas que hablan tu mismo idioma…, que hacerlo en lo desconocido.

—Tienes razón —Mi corazón estaba agitado; la emoción me superaba—, pero esa es la esencia del viaje, ¿verdad?

—¡Exacto! ¿Ya ves por qué eres la persona indicada? Tienes más hambre de mundo que yo. ¡Te brillan los ojitos!

—¡Shiii! Supongo que es lo que quise toda mi vida, solo que no fui consciente de ello hasta que soñé contigo. —Cuando dije eso sentí un escalofrío y volvió a arder mi tatuaje. Pensé en los recuerdos que había recuperado, pensé en mi vida antes de él… Me sentí tentada a contarle todo, pero estábamos en medio de un momento tan bonito, enfocados en el futuro, que no quise arruinarlo desenterrando el pasado—. ¡Quiero saber más! —Fue todo lo que atiné a decir.

—Para llegar a la India, debemos atravesar Turquía, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Afganistán y Pakistán. El matrimonio Maureen y Tony Wheeler fueron de los primeros en aventurarse en la Ruta Hippie. Sus experiencias están registradas y dieron origen a las famosas guías Lonely Planet. Puedes *googlearlo* si quieres, es una historia cautivadora. Su camper los llevó hasta Kabul, y allí vendieron el vehículo para continuar su travesía.

—¡Uy, eso debió dolerles!

—Imagínate a Luna desprendiéndose de su furgoneta. Recuerdo que cuando leyó la historia de los Wheeler empezó a llorar abrazada de su auto.

—¿Venderías tu moto?

—¡Nunca!

En ese momento le entró un mensaje de su hermana avisando que estábamos por salir.

—¿A qué hora nos vamos?

—Cuando estemos listos…

Ese día usaría mi chaqueta en la carretera por primera vez. Me sentía completa, Lion se había encargado de que fuese así. Estaba pendiente de cada detalle para hacerme feliz: mi regalo de «no cumpleaños», las ganas confesas de que fuera su copiloto en la travesía mítica, su sonrisa genuina al ver la emoción y el brillo de mis ojos… Cada gesto suyo era una confirmación de que había elegido bien.

Estábamos a punto de salir, cuando recibí una llamada de mi sobrina que trastocó todos nuestros planes.

—¿Cómo estás, Oli? ¿Cómo están las cosas por casa?

—Te extrañamos. Ha pasado más de un año…

—¿Un año de qué?

—Desde que te fuiste. Por cierto, feliz cumpleaños.

—Olivia, ¿de qué estás hablando? Esto no es divertido… Hoy… no es mi cumpleaños… Yo no… —No podía coordinar ni siquiera dos palabras—. ¡Apenas salí hace unos meses de casa!

—No lo entenderías nunca, Alexandra. No recuerdas nada; tu mente es un pantano que se traga lo que quiere.

—¡Basta, Olivia! ¡No quiero escucharte!

—¡Sí quieres… pero no tienes valor! ¡Vamos, pregunta! ¿Cuánto más vas a esperar? ¡Ya no puedes seguir huyendo!

Taylor me abrazó. Yo estaba en un trance aterrador, temblando de miedo y de frío. Tenía el

teléfono en una mano y con la otra intentaba controlar un volante imaginario que se dibujó frente a mí en medio del caos de mi mente.

—¡Loto, Loto! —Lion me sacudió para que reaccionara—. ¡Alexandra! Nena, ¿qué está pasando?

—Taylor… no te alejes… No quiero morir antes de conocerte.

Capítulo 20

—Lo hice de nuevo, ¿cierto? —Todos estaban a mi alrededor, hasta Brooklyn me miraba con lástima—. Disculpen, chicos, no quería asustarlos.

—¡Tranquila! —Luna me tomó ambas manos y habló pausadamente—. Estamos aquí para ti.

—Gracias. Gracias a todos.

—¿Qué sucedió? —En realidad no tenía idea de cómo explicarle, pero hice mi mayor esfuerzo para responder su pregunta.

—Olivia… estaba hablando con ella. Me dijo que me fui hace un año de casa y me felicitó por mi cumpleaños… pero hoy no es…

—Ale, ¿dijiste cumpleaños? —Taylor me interrumpió en cuanto escuchó la palabra—. Quiere decir que…

—¡No sé lo que quiere decir, Lion! —Yo estaba más alterada que las veces anteriores; no lo podía controlar—. ¡Estoy más perdida que nunca! Entre más me encuentro a mí misma en el presente, más se desintegra mi pasado, mi memoria, mi vida antes de ustedes… No sé si pueda seguir así… Necesito saber qué pasó realmente.

—Necesitas trascender… —Luna me extendió mi celular, que había ido a dar al suelo en medio de la confusión—. ¡Llámala! Ella tiene las respuestas.

Me alejé de todos. Luna me pidió que fuera a la furgoneta a hacer la llamada, no solo por la señal, sino por la privacidad. Estaba a punto de tener una plática que cambiaría mi vida, para bien o para mal.

«Tengo miedo. ¿Qué se supone que le diga? O peor, ¿qué va a decirme ella?»

En eso escuché la voz de mi sobrina del otro lado del auricular.

—Ale, ¿eres tú?

—Sí, Oli, soy yo. Disculpa por lo de hace rato…

—¡Gracias a Dios! —Sonó aliviada al escucharme—. *¿Dónde te metiste, tía?* —Yo quise responderle, pero no me salió la voz—. *Estábamos esperándote para la cena y llegó la policía con tu bolso. Lo encontraron en medio de un choque en la interestatal. Por poco morimos del susto, Ale. Mis abuelos y mi padre están desesperados. Pensábamos que estabas herida… Gracias a Dios no eras tú la chica del auto. ¿Dónde estás ahora?*

—¿Qué acabas de decir? Olivia, mi bolso… —Me salió un hilo de voz después de un esfuerzo sobrehumano. Mi madre me había dicho que la policía lo había devuelto el mismo día en que me uní a la caravana. Algo no encajaba—. Busca mi bolso… Revísalo, por favor.

—Espera… —Sentí sus pasos a través del auricular del teléfono de la cocina. Mi cabeza daba vueltas, me dolía todo el cuerpo, y esa maldita sensación de frialdad no me dejaba en paz—. *¡Aquí está! Dime qué quieres que busque.*

—No sé… solo busca.

—A ver. Por aquí hay una servilleta con una nota. —No podía creer lo que estaba escuchando —. *La tinta se corrió, solo puedo leer un nombre… Creo que dice… Taylor.* —El corazón se me quería salir del pecho; necesitaba con urgencia saber qué estaba pasando. En medio de la confusión, sentí el tintineo de mis llaves y finalmente la voz de Olivia de nuevo—. *Aquí está tu celular… Espera, ¿de dónde me estás llamando?*

—No importa…

—*Tía, ¿qué está sucediendo? Dime que no estás involucrada en ese choque.*

—¡No sé! ¡No sé nada, Olivia! —Estaba a punto de estallar en llanto, pero debía llegar hasta el final, no podía retroceder en ese punto—. Revisa mi historial de llamadas, me interesan las últimas que hice yo.

—*Dame un segundo, estoy encendiéndolo. ¡Listo! La última llamada me la hiciste a mí, pero… ¿Qué…? Esto es muy raro, fue hace casi un año…*

—¿El día de Acción de Gracias?

—*¡Sí, exacto!* —El pánico se apoderó de mí. Significaba que la última llamada que hice ese día no fue a Fabio, como yo pensaba, sino a Olivia, y entonces ocurrió el choque. No regresé a casa con mi hermano aquella noche. Al parecer esa parte fue producto de mi imaginación, o de lo que sea que fuera esa locura que estaba viviendo—. *¡Esto no tiene ningún sentido!*

—Lo sé… —Mi cuerpo temblaba como una hoja—. Dime, ¿qué día es hoy?

—*Alexandra, ¿acaso te golpeaste la cabeza? ¿Cómo vas a olvidar el día de tu cumpleaños?*

Ya no pude seguir conteniéndome. Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro, me sobrecogió un estado de desesperación que jamás en la vida había experimentado, ni siquiera cuando tuve el accidente. No quería seguir indagando. Algo andaba muy mal. La realidad estaba torcida. No sabía siquiera dónde estaba mi verdadero yo.

—¡Olivia, por favor, responde lo que te pregunté! ¿Qué día es hoy?

—*Hoy es 5 de octubre. Te estábamos esperando para la cena. Celebraríamos tu cumpleaños en casa y nunca llegaste. ¿Me vas a decir dónde estás o seguirás con el misterio?*

—*«Dios, esto no puede estar sucediendo. Apenas estamos en agosto»* —pensé al escucharla, sin saber muy bien qué responderle—. Oli, no tengo una explicación lógica ahora mismo, pero te prometo que en cuanto comprenda qué está pasando, serás la primera en enterarte. ¿Recuerdas qué ropa llevaba cuando salí de casa?

—*Una chaqueta de cuero. Me dijiste que alguien te la regaló por tu cumpleaños.* —Cada vez me sentía más confundida y mi sobrina estaba tan asustada como yo, se lo noté en la voz.

—Necesito que hagas algo más por mí.

—*Lo que sea, con tal de que regreses a casa.* —Ahogué un profundo suspiro por no poder garantizarle eso.

—Vuelve a chequear el teléfono.

—*Estoy en ello, ¿qué quieres saber?*

—El último número que marqué antes de llamarte a ti el día de Acción de Gracias.

—*La última llamada antes de la mía fue… No espera, en todo caso, «las últimas». Hay varias llamadas salientes a un número que no está registrado.*

—¡Márcalo!

—*¿Eh?*

—¡Haz lo que te digo! —Miré por la ventanilla de la furgoneta. Taylor estaba recostado de su moto, con un cigarrillo en la mano y la mirada perdida en el horizonte. Se veía tan lindo desde allí que me dieron ganas salir corriendo a abrazarlo. Tenía un montón de planes y de sueños a su lado, y ni siquiera estaba segura de poder cumplirlos—. ¡Por favor Oli, marca ese número!

—*Vale. Está dando timbre.*

Tal como sospechaba que sucedería, Lion tocó su bolsillo y acto seguido sacó su teléfono. Lo vi desde lejos responder esa llamada, segura de que nadie le hablaría del otro lado. Justo en ese instante lo recordé todo… Siempre lo supe, aunque nunca tuve el coraje de admitirlo…

—Ya vi lo que quería ver.

—Alexandra, alguien contestó, pero no supe qué decir. ¿Quién era ese chico?
—El mejor sueño que he tenido en mi vida.

Fabio estaba en lo cierto. Quizás los dos mundos se mezclan en algún punto y la realidad se distorsiona como un laberinto creado por la mente. Para mi hermano, sus sueños eran el único sitio donde podía encontrarse con Katie. Para mí, el único sitio donde podía esconderme de lo que hice. Luna siempre tuvo la razón: «Lo sabes Alexandra, lo sabes todo. Cuando lo admitas dejarás de sufrir».

Ese día recordé por qué me perdí en el condado de Kern. Me vi a mí misma cobrando vida entre mis pensamientos. No estaba segura de cómo funcionaba, pero se sintió exactamente igual que aquella noche, cuando me miré en el retrovisor de la furgoneta con la chaqueta de Lion puesta.

Manejaba a toda velocidad con la intención de alejarme lo más posible de la ciudad. Iba llorando por alguna tontería. Me sentía harta, sin ganas de seguir pretendiendo que era feliz con la vida de mierda que llevaba. La rutina me consumió; las ganas de encajar me devoraron como una serpiente devora a su presa: moliendo sus huesos y haciendo que duela hasta el último momento. No quería sentir más ese dolor. Detuve el auto a un costado del camino y manipulé los frenos intencionalmente. En la interestatal vi una furgoneta hermosa, con un arcoíris en el costado. Ella representaba todo lo que yo deseaba en ese momento: amor, paz y libertad. Intenté frenar para verla pasar frente a mí; sería un bonito recuerdo… quizás el último. Pisé el freno con todas mis fuerzas, pero ya era tarde, estaba hecho. Fue un choque tonto en la intersección de las dos vías. Y entonces desperté…

Capítulo 21

Los hermanos entraron a la furgoneta y me encontraron acurrucada entre un montón de ropa. Fue suficiente ver mi rostro para darse cuenta de que algo terrible acababa de suceder. Les pedí a ambos que me abrazaran, no sabía cómo explicarles mi plática con Olivia.

La primera vez que le hablé a mi sobrina ese día, me pareció que no era ella. Me habló con una firmeza que no era propia de su personalidad, pidiéndome que hiciera «la pregunta». Asumí que se refería a la pregunta que me atormentaba desde que todo sucedió. Más tarde, después de un colapso emocional, la gitana insistió en que la llamara de nuevo, y cuando lo hice, sonaba como ella, sin embargo, parecía una criatura asustadiza. Estaba como en otra realidad. Yo no sabía a cuál creerle, no sabía cuál de ellas era la verdadera, y lo peor: ni siquiera tenía idea de quién era yo.

Probablemente Luna comprendería, pero Taylor… aunque quisiera no encontraría las fuerzas para decirle que nada de lo que vivimos fue real.

Aún tenía muchas preguntas. Era momento de regresar a casa.

—¿Volver? Estamos bastante lejos, Loto. —Lion no entendía ese cambio de planes tan repentino. El viaje nos tomaría como mínimo dos días en moto—. ¿Qué sucedió? ¿Qué te dijo Olivia?

—Nada que tenga sentido, solo sé que debo ir y averiguarlo yo misma.

—No dejaré que vayan en moto. —Luna miró a Taylor con firmeza y le entregó la llave de la furgoneta—. Hazle caso, Taylor. Ella necesita regresar.

Salimos esa misma tarde. La gitana me dio un abrazo que me pareció una despedida. Los demás también me abrazaron. Amaba a esos muchachos como si hubiese crecido entre ellos. Ni cuando me despedí de mi familia me dolió tanto el pecho como ese día. En aquella ocasión estaba segura de que regresaría, pero esta vez no estaba segura de nada, ni siquiera de estar allí.

—¿Estás lista? —Lion me acomodó el cabello con ternura y me secó las lágrimas con su pañoleta—. No llores, linda, en unos días los alcanzaremos.

Quise responderle, aunque en el fondo sabía que no encontraría las palabras adecuadas para hacerlo.

Luna se despidió de su consentida, le dio un beso en la carrocería y le pidió que se portara bien. Le hablaba como si fuera una mascota, o una persona.

Taylor ajustó los espejos y encendió el motor. Me miró otra vez, regalándome una sonrisa preciosa. No sé qué me esperaba en casa, pero estaba convencida de que mi hogar estaba junto a él.

En el camino me quedé dormida. Por primera vez, desde que ocurrió el accidente, distinguí colores, ruidos y olores cuando cerré los ojos. Estaba soñando de nuevo.

Mi sueño fue un viaje de regreso a mi infancia, a la casa de Ohio, a mis abuelos, a mis padres y a mi hermano. Luego, al momento inolvidable cuando conocí a Olivia. Era tan pequeñita, y yo tan torpe, que me daba miedo que se cayera de mis brazos.

Después pasé por varias escuelas, conocí a muchas personas. No hice tantos amigos como hubiese querido, pero los pocos a quienes podía llamar de esa manera, eran incondicionales. A una le gustaba pintar, lo recuerdo como si la estuviera mirando. Otra tenía dos hermanas menores

y se creían las «Chicas Superpoderosas». En el grupo había una pelirroja que me hacía *bullying*, hasta el día que la hermana del chico de mis sueños le dio una paliza en el patio de recreo. También había un par de hermanos súper divertidos, que eran el alma de las fiestas. Siempre tenían una coreografía ensayada para sorprender a las muchachas. Y un rubio, casi albino, que parecía un fantasma por su piel tan blanca. Este era medio tímido, pero siempre nos hacía reír. Y finalmente estaba Taylor, el chico amante de las motos, que me sacaba suspiros cada vez que se unía al grupo. Tenía varios amigos inseparables, uno de ellos enamorado de la pelirroja pedante.

Desde que la hermana de Taylor me defendió de las burlas de la otra, nos volvimos mejores amigas. Me dijo que me ayudaría a conquistar a su hermano, aunque eso nunca sucedió. Cuando terminamos la secundaria cada uno tomó rumbos diferentes y nunca más supe de ellos. Fueron lo más parecido a «amigos» que tuve durante la adolescencia y creo que los extrañé por el resto de mi vida.

Luego me volví apática. En la universidad dejé de interesarme por las cosas. Siempre sentía ganas de regresar en el tiempo, de saber qué habría pasado si le hubiese confesado a Taylor que lo amaba, casi más que a mí misma.

Después, ese sueño bonito se tornó oscuro y violento. Un choque, una ambulancia y mucha sangre. Por alguna razón fui hasta el hospital. Nadie parecía notar mi presencia. Entré a una habitación extremadamente fría, donde intentaban reanimar a una chica más o menos de mi edad. Como en casi todos los sueños, no pude ver su rostro. Sin embargo, veía a los paramédicos desesperados siguiendo el protocolo de reanimación, hasta que finalmente uno de ellos la declaró muerta. *«Hora de muerte, 10:22 de la mañana»*. El cuerpo sin vida fue movido hacia otra camilla y, cuando la levantaron, pude ver un tatuaje en el medio de su espalda: la cabeza de un león y una flor de loto, dos figuras totalmente opuestas, fundidas en una. De repente escuché la voz de la chica; gritaba desesperada: *«¡No, no estoy muerta! ¡Esto es un error!»*. Sus gritos desgarradores hicieron que me cubriera los oídos. No quería seguir escuchándola, sobre todo, después de darme cuenta de que sus labios no se movían. ¿Por qué yo era la única que podía escucharla? Sentí pánico y decidí salir de allí. Sin querer choqué con una mesita situada muy cerca de la puerta de la habitación. Al parecer, nadie se percató del estallido de los cristales impactando en la pared. En cambio, ella despertó. Clavó una mirada aterradora directamente en mis ojos y volví a escuchar su voz: *«Alexandra, ¿qué me hiciste?»*

En ese momento, sentí una sacudida y desperté. A pocos metros de la furgoneta, vi el auto que se cruzó en nuestro camino.

—¡Taylor, frena, vas a chocar!

Y volví a despertar, esta vez, en la vida real, en el cuarto frío donde estuve todo el tiempo. Una voz conocida declaró muerte cerebral y alguien procedió a desconectar el aparato que me mantenía con vida. *«Hora de muerte: 10:22 de la mañana»*. Mi primer impulso fue gritar que aún estaba viva, pero ya sabía lo que venía a continuación: nadie me escucharía.

No sé dónde estoy ahora, ni qué es este lugar… Lo único que tengo claro es que estoy sola. Solté todo a lo que me aferraba mientras estuve en coma: ese mundo perfecto que creé a partir de un millón de recuerdos.

Nunca soñé con ese accidente, jamás tuve el poder de anticiparme al tiempo, ni de ver el futuro. Mi cerebro simplemente recordó lo mejor que pudo y me hizo el favor de regalarme los mejores meses de mi vida, aun estando en esa cama de hospital.

Ese es nuestro único poder: ser libres mientras dormimos. Mi hermano tenía razón, los dos mundos están más cerca de lo que imaginamos. Son como el río y el océano al mezclarse: no ves dónde termina uno y dónde comienza el otro, solo probando sus aguas sabrás donde está el límite

que los separa. El río sigue siendo dulce, el océano sigue sabiendo a sal… No se contaminan el uno con el otro, son distintos, aunque se vean exactamente iguales. La realidad y los sueños, por mucho que se acerquen, por más que se parezcan, también están divididos. Solo unos pocos pueden existir en ambos mundos al mismo tiempo; solo los más privilegiados tenemos la suerte de cruzar ese umbral sin darnos cuenta. ¡Benditos los que soñamos y conquistamos la vida desde allí!

«Trascender» no fue sencillo. Fue un viaje largo que entre más hermoso más doloroso se volvía. Aun así, me condujo hacia las respuestas que nunca encontré despierta; irónicamente solo pude ver la realidad cuando cerré los ojos. Y esa realidad es una sola: fui feliz, tanto en un mundo como en el otro. La felicidad es tan ilusoria como los sueños: no hay que ir tan lejos a buscarla, ni renunciar a ella solo porque no la puedas ver.

Mi familia siempre fue suficiente; mi trabajo y mi carrera, fueron suficientes; mi esperanza, aunque torpe, era genuina: tal vez me casaría con un biólogo o con un policía del condado; tendría varios niños alborotando por los alrededores de la casita en el mismo vecindario de mis padres. O quizás el amor de mi adolescencia llegaría a mi pueblo pilotando su moto y me llevaría con él a un viaje infinito. Nunca lo sabré, porque fui demasiado cobarde para seguir viviendo… o demasiado conforme para seguir soñando.

«¡Alexandra, despierta!»